

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1859. — TOMO XIV.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.
Administracion general, passage Saulnier, num. 4, en Paris.

AÑO 18. — N° 350.



LA CATEDRAL DE MILAN ADOORNADA PARA LA CELEBRACION DE LA FIESTA DEL EMPERADOR DE LOS FRANCESES.

SUMARIO.

La catedral de Milan adornada para la fiesta del emperador de los franceses; grabado. — Un viaje redondo. — Un avaro. — Los turcos en Paris; grabados. — Revista de Paris. — Ellos y ellas. — Las mujeres y los niños. — Llegada del emperador y de la emperatriz á Saint-Sauveur; grabados. — La plaza de toros de Sevilla; grabado. — El Payaso. — El comendador Ratazzi; grabado. — Sublevacion de los regimientos suizos en Nápoles; grabado. — El duque de San Donato; grabado. — Situacion de la Toscana; grabado. — El buen sentido. — La prensa en Inglaterra y en los Estados Unidos. — Revista de la moda. — Banquete dado á las tropas de Italia en Versalles; grabado.

Un viaje redondo.

IV.

LAS DOS PRIMERAS SINGLADURAS.

Las cinco de la tarde serian cuando el bergantín *Pelayo* montaba la punta de Torres, en que termina por el Oeste la concha de Gijón y desde cuya altura se dejó correr en popa á lo largo de la costa, y como á unas cinco millas de distancia, en demanda del cabo de Peñas, el mas notable y saliente de los muchos que presenta el litoral asturiano.

Mientras permanecieron á bordo las personas que vimos regresar al puerto cuando el bergantín entró en viento, no ocurrió en el buque novedad alguna digna de una mención especial. Su cubierta continuó incrustada de gente hasta el punto de serles imposible á los marineros el acudir oportunamente á los puntos en que su deber les llamaba.

Algunos de los pasajeros, aunque en muy corto número, habian bajado al sollado; habian arreglado sus cojines ó sus estrechos jergones, los que los tenían, y se habian acostado, los unos á dormir, en la seguridad de que la quietud y el sueño son los mejores preservativos contra el mareo, y los otros á llorar en silencio la ausencia de sus familias. Los restantes permanecian sobre cubierta, porque la tarde estaba magnífica; el espectáculo que ofrecen las costas vistas desde un buque que corre paralelamente á ellas y á corta distancia, es un espectáculo sorprendente, sobre todo para el que lo disfruta por primera vez, y no era natural que renunciásemos á él voluntariamente los pasajeros del *Pelayo* por encerrarse en el estrecho calabozo que les estaba destinado.

Apenas la lancha del práctico se habia separado del costado del bergantín, cuando el capitán dió por primera vez la voz de — ¡pasajeros al sollado! — Y no podía pasar por otro punto.

La cubierta de un buque que surca los mares debe estar libre, completamente libre de obstáculos que impidan el libre tránsito á la marinería. El menor retardo en acudir á echar mano de un aparejo cuando se ejecuta alguna maniobra, puede comprometer la suerte del buque: los pasajeros estaban de mas sobre el puente desde el momento en que el piloto del puerto habia puesto al *Pelayo* en franquía.

Algunos comprendieron la necesidad de obedecer la órden que acababa de dar el capitán, y la obedecieron; algunos la obedecieron tambien, aunque sin comprender aquella necesidad; pero los mas, ó no la comprendieron, ó no quisieron comprenderla y se quedaron sobre cubierta, contentándose con trasladarse de un punto á otro.

La voz de — ¡pasajeros al sollado! — se oyó por segunda vez á los pocos momentos: el acento con que el capitán pronunció la órden era ya mas duro, mas imperativo, porque el despejo de la cubierta se hacia cada vez mas urgente.

Los pasajeros de popa bajaron todos á la cámara, á excepcion de Casimiro que permaneció al lado de su tío, siguiéndole á todas partes como si fuese su sombra. Los de proa se asomaban á la boca de escotilla, examinaban el oscuro y reducido recinto en que debían encerrarse y retrocedian espantados; muchos bajaron sin embargo, á pesar de su repugnancia, empujados por los marineros; pero quedaron aun bastantes sobre cubierta.

El capitán y la tripulacion apenas podian ya disimular el disgusto y la impaciencia con que veian aquellas gentes sobre el puente, pero se mordian los labios y se aguantaban, porque el puerto estaba á la vista, y en el puerto habia catalejos con los cuales se podía distinguir perfectamente cuanto se hiciese en el buque.

Momentos antes de montar la punta de Torres, y cuando el *Pelayo* se disponia para aparejar en popa, la voz de — ¡pasajeros al sollado! — se dejó oír por tercera vez. El acento con que fué pronunciada era un tanto amenazador, é iba acompañada la órden de interjecciones expresivas y de ademanes que anunciaban la proximidad de la tormenta, que solo la vista del puerto contenia.

El sollado recibió en su oscuro recinto unos veinte pasajeros mas, algunos de los cuales se encontraron en él sin saber cómo habian bajado.

— Caza y braza por barlovento — gritó desde popa el capitán del *Pelayo*. — ¡Arriba en popa!

La maniobra se ejecutó, aunque no con la celeridad conveniente, porque los marineros al correr, tropezaban con la gente que quedaba aun sobre cubierta.

El capitán tomó entonces un aspecto de siniestra se-

veridad; cogió un chicote y gritó blandiéndole en actitud amenazadora: — ¡Pasajeros al sollado!

El jefe del buque no cesó de mirar con marcada ansiedad á la atalaya, hasta que Gijón se ocultó por completo tras la punta de Torres.

Durante los cuatro minutos escasos que duró esta escena, los pasajeros que comprendieron la proximidad del chubasco preparado sobre sus hombros, se habian precipitado á la boca de escotilla, y algunos habian descendido, aunque con suma dificultad; pero el sollado estaba lleno, completamente lleno, y quedaban unas veinte personas agolpadas á la entrada luchando inútilmente con sus compañeros para que les dejasen espacio en que poder colocarse.

La ira concentrada del capitán llegó á su colmo; no le detenía ya la vista del puerto, y se lanzó sobre ellos chicote en mano seguido de dos marineros provistos como él de revenques, y les obligó á que se precipitasen al sollado, cayendo sobre los que habian tomado ya posicion por huir de un aluvion de golpes que caian sobre sus espaldas en medio de un diluvio de juramentos.

Gracias á este recurso extremo, la cubierta del bergantín quedó en menos de diez segundos completamente despejada. Hasta Casimiro, aterrado á la vista de aquellas tres furias, habia bajado á la cámara, ocultándose temblando en la litera de su tío.

Puesto ya en rumbo el *Pelayo*, y sin necesidad de nuevas maniobras, hasta que á la entrada de la noche decayese el nordeste y se llamase el viento á la tierra, la tripulacion habia bajado en parte á su camarote, y la restante se paseaba tranquilamente ó conversaba dividida en pequeños grupos arimados á la obra muerta.

Como se habia zarpado despues de la hora en que por regla general se cena en los buques, y era natural además que tanto la tripulacion como los pasajeros hubiesen comido antes de dejar el puerto, no se encendieron las hornillas aquella tarde mas que para hacer algunas tazas de café para las gentes de popa, y aun esto de malísima gana. Si algunos, bien por falta de tiempo ó por la intensidad del pesar que les causaba separarse de sus familias, ó por prevenir los efectos del mareo se habian embarcado en ayunas, tanto peor para ellos: los armadores y el capitán de un buque nada tienen que ver con las ocupaciones, ni con los sentimientos, ni con las precauciones higiénicas de los pasajeros. El sol, que se estaba ocultando entonces entre las olas, volvería á salir por la mañana y se condimentaría el rancho para distribuirlo á la hora de costumbre: otra cosa, seria una reprensible gollería.

Y puesto que el buque gobierna tranquilamente y nada debe pasar sobre cubierta capaz de excitar nuestra atencion, bajemos un momento á la cámara, visitemos despues el sollado para pasar revista á los pasajeros de entrambos departamentos, y cerciorarnos de cuáles son las comodidades que al ajustar el pasaje se les han ofrecido.

La primera nos es conocida de antemano, y sabemos tambien que á mas de las literas del capitán y del piloto, quedaban otros tres catres sobrantes.

En ellos tenian que acomodarse los nueve pasajeros de popa, entre los cuales se contaban uno de los comerciantes mas fuertes y acreditados de la Habana, llamado don Narciso Miranda, natural de Villaviciosa, y que habia venido al país con objeto de visitar á su familia, y dos oficiales de infantería destinados al ejército de Cuba. Los seis restantes eran niños de diez á catorce años que iban á buscar fortuna.

Cada uno de estos nueve individuos habia pagado su pasaje en la seguridad de que tendria á su exclusiva disposicion uno de los catres de la cámara; pero se encontró con dos compañeros que habian adquirido igual derecho, y al reconvenir al capitán por aquel engaño, que tenia todas las apariencias de una estafa, el comandante del buque arrojó la culpa sobre el armador, que estaba ya bastante lejos para que se le pudiese exigir la devolucion del dinero, y haciendo de la necesidad virtud hubieron de conformarse todos con dormir tres en cada cama.

El comerciante y los dos oficiales habian tomado ya posesion de las tres literas; dos de los niños se habian acostado con los últimos, y los cuatro restantes yacian por el suelo en un estado lastimoso.

Pocos momentos despues de haber pasado la barra, principiaron á sentir los efectos del mareo, enfermedad, si no peligrosa, molestísima y á la cual escapan muy pocas personas la primera vez que se embarcan, y aun hay algunas á quienes acomete en cuantos viajes emprenden durante los tres ó cuatro primeros dias, y otras que no abandona un solo dia en toda la navegacion por larga y feliz que esta sea. Los niños, sin embargo, suelen librarse de ella en su mayor parte, si gozan de buena salud.

Diferentes remedios, ridiculos algunos hasta un extremo increíble y todos ellos ineficaces, se anuncian como preservativos de este mal: la experiencia demuestra, que fuera de un paseo por tierra firme, no existe, al menos conocido por ahora, específico alguno para combatir el mareo con buen resultado.

Mientras los niños habian permanecido sobre cubierta, el aire puro y fresco que corria habia contenido los progresos del mal; pero no bien habian entrado en la cámara, cuando los acometió en toda su fuerza.

Los infelices clamaban en un principio por sus madres, lloraban, se revolcaban por el suelo, pedian por Dios y por la Virgen que les echasen en tierra, é intentaban, aunque en vano, asirse á la escalera para subir

de nuevo sobre el puente á respirar el aire libre. A medida que sus estómagos se desocupaban se fueron rindiendo al cansancio hasta rodar por el suelo al impulso de los balances del buque, cual si fuesen maderos de respeto, y tan insensibles se hallaban, que no hubieran dado un grito aunque pasase sobre sus cuerpos un cañon de 24.

Casimiro y los dos niños que se habian acostado abandonaron los catres en vista del triste estado de sus compañeros, y permanecian arrodillados en el suelo limpiándolos, consolándolos y acercándoles los baldes que el paje de la cámara habia cuidado de dejar allí á prevención.

Era un cuadro tiernísimo el que presentaban aquellas siete criaturas cuidadas las unas por las otras sin una persona formal que auxiliase á las últimas en su caritativa y penosa faena. La tripulacion se hallaba toda sobre cubierta ocupada en las maniobras, y tanto el comerciante como los dos oficiales se aguantaban en sus catres cubiertos hasta las cejas, porque el mareo es contagioso y no querian ver ni oír lo que á su lado pasaba.

El sobrino del piloto era el único que prestaba verdaderos socorros á sus camaradas. Algun tanto acostumbrado á los vaivenes del buque y seguro de que no se marearía, permanecia de pie corriendo de unos á otros, subiéndolo sobre cubierta á vaciar y limpiar los baldes, á buscar tanques de agua para mitigar la sed que molestaba á los enfermos, y ora les aplicaba un limon á los labios, ora les humedecia las sienes, ó bien les arropaba con mantas, con un afán y una solicitud fraternales.

El señor Miranda, que tenia hijos de tierna edad, habia luchado algun tiempo entre el egoísmo y la compasion, habia corrido al fin las cortinas de su litera, aunque sin atreverse á dejar la cama por el mal estado en que su estómago se encontraba, y contemplaba con lágrimas en los ojos aquella escena, bendiciendo y animando con cariñosas palabras á la tierna y sensible criatura que parecia no tener entonces otro afán ni otro deseo que el de hacer menos molesta la triste situacion en que sus cuatro compañeros se encontraban, abandonados de todo el mundo y presa de terribles angustias.

La vista de aquel espectáculo que lastimaba su corazón de padre y del cual procuraba en vano apartar los ojos, unida á los violentos balances y cabezadas del buque cuando habia cambiado el aparejo para rebasar la punta de Torres, concluyó por marearle completamente.

Desde las primeras náuseas habia volado Casimiro en su socorro, le sostenia la frente, le humedecia las sienes y los labios, le atendia en fin con la tierna solicitud de un buen hijo, sin abandonarle un solo momento mas que para socorrer á sus camaradas, como si fuese el ángel tutelar de la cámara del *Pelayo* y ardiese su alma en sacrosanta caridad.

El agradecido comerciante lo estrechaba contra su seno y le cubria de besos y de caricias en los intervalos en que el mareo le acometia con menos violencia, y dirigia al cielo fervientes votos en pro del porvenir de esta inocente criatura.

Si la viuda de Pumarino hubiera podido ver entonces á su hijo, ¡cuántas lágrimas de ternura no se escaparían de sus ojos! ¡Con qué violencia latiria su amoroso corazón! ¡Con cuánta efusion, con qué extremos de delirio le hubiera cernido en sus brazos!

¡Y Eloisa!...

Pero dejémoslas que lloren juntas en este momento la ausencia de la prenda de su amor, causa hoy de su desconuelo y que será quizás algun dia para entrambas un raudal inagotable de felicidad y ventura.

A los pocos minutos de estar el bergantín corriendo en popa, bajaron á la cámara el capitán y Pumarino, y no pudieron menos de enternecerse, particularmente el último, á la vista del espectáculo que se presentó ante sus ojos.

Ayudados de Casimiro, del paje de la cámara y de dos grumetes que bajaron al intento, desnudaron á los cuatro niños mareados, colocándolos despues dos á dos, y con las cabezas en sentido contrario, en los catres ocupados por los oficiales; les sirvieron tazas de café con unas gotas de aguardiente de caña; los otros dos niños se acostaron en la cama del comerciante; se limpió á fuerza de agua el piso de la cámara, se vertieron en él algunas gotas de esencia, y aquel departamento tomó por algunos momentos un aspecto menos repugnante.

Abandonémosle; subamos sobre cubierta á respirar el aire puro y vivificante del mar, y dirijámonos despues al sollado.

Peneñrar en estos departamentos seria en estos momentos empresa muy difícil hasta para un raton. La boca de-escotilla se encuentra completamente interceptada por unas treinta cabezas que salen á flor de cubierta y que se hallan tan unidas que les seria imposible volverse á derecha é izquierda para huir de una impresion desagradable: estas treinta cabezas pertenecen á otros tantos cuerpos que se hallan de pie y como pensados en el sollado, y á través de los cuales sale un confuso rumor de voces, de gritos desgarradores, de ahogados gemidos y de juramentos, blasfemias y maldiciones.

El sollado del *Pelayo*, á oscuras completamente, cerrada la única entrada por donde puede renovarse el aire, está convertido en una horrorosa caverna.

Cuando por la gracia y la virtud del chicote se lanzaron en él los últimos pasajeros, les fué imposible

acostarse; ni aun siquiera hacerse sitio para permanecer sentados; lucharon á brazo partido con los que, habiendo bajado antes que ellos, se hallaban ya acomodados, los dueños de los pocos coimes y jergones que había en el sollado reclamaron, como era natural, su propiedad, y se armó por fin un jaleo terrible en que los mas débiles y los de menos edad concluyeron por ser arrojados de los puestos que ocupaban, agrupándose en tropel á la entrada.

Sus compañeros mas próximos les empujaban violentamente para que subiesen sobre cubierta, pero la idea del chicote que habían visto blandir momentos antes tan á disgusto de sus costillas, les detenía prensados como sardinas. Mala era indudablemente la situación de estos treinta infelices; pero lo era mucho peor aun la de sus camaradas.

Si nos fuera posible, penetraríamos en el reducido y oscuro calabozo en que se hallan apiñados los unos sobre los otros. ¿Pero qué necesidad tenemos de hacerlo para formarnos una idea del triste y repugnante espectáculo que se ofrecería á nuestros sentidos?

Hay en él ciento cuarenta pasajeros, niños en su mayor parte, tan oprimidos que apenas pueden moverse, ni aun disponer de sus brazos; una mitad por lo menos están mareados, horriblemente mareados; los baldes que se han colocado allí son insuficientes y además inútiles, porque nadie se cuida de llevarlos á donde se necesitan; y aun cuando el capitán, cumpliendo con su deber hubiese destinado á este servicio tres ó cuatro grumetes, les sería imposible trasladarse de un punto á otro sin pasar sobre aquellos cuerpos inertes que no dejaban entre sí el menor espacio. Todos se hallaban nadando en inmundicia; el aire cargado de pestilentes miasmas se podía cortar con un cuchillo, y no se veía la mano ante los ojos.

Estas ligeras indicaciones bastan y sobran indudablemente para que nuestros lectores comprendan el estado en que se hallarían los pasajeros de proa que conducía á la Habana el bergantín *Pelayo* á las dos horas de haber salido del puerto.

Los desgraciados que los buques negreros transportan desde las costas del golfo de Guinea al suelo americano, van mal, muy mal, malísimamente; pero poco tienen que envidiar á los niños que salen de nuestros puertos con igual destino.

Aquellos de nuestros lectores que hayan tenido la dicha de no pasar por un trance igual, ó que no hayan oído referir á testigos presenciales las penalidades y los martirios que se pasan en estos viajes, tendrán quizás por exagerado nuestro relato, y hasta creerán que estamos forjando un cuento para excitar su sensibilidad. Si hay exageración en este cuadro y en los que sucesivamente iremos exponiendo, es por exceso de tintas claras; es porque nuestro tosco pincel no acierta á extender en ellos los colores sombríos que podían acercarlos algún tanto á la realidad.

La marcha del *Pelayo* iba disminuyendo de velocidad á medida que decaía el nordeste, y se hallaba ya frente á la desembocadura del Nalon cuando la noche extendió su negro manto sobre las costas asturianas. El terral principió á correr con alguna intensidad, y el buque se puso en vuelta de afuera gobernando al N-N-O.

El capitán y el piloto que habían salido de la cámara para mandar la maniobra é indicar al timonel el rumbo en que debía llevar la proa, repararon al fin en aquella porción de niños que obstruían la entrada del sollado, y les amenazaron con blandir sobre ellos el chicote si no se entraban al momento; pero por grande que fuese el terror que unos cuantos golpes bien aplicados de revenque les inspirasen, era imposible, de todo punto imposible, que obedeciesen.

El señor de Miranda, que había subido al puente con el fin de contemplar la puesta del sol, los libró de una rociada de chicotazos próximos á caer sobre ellos. Por indicación suya se les mandó subir, bajaron dos marineros al sollado, le reconocieron detenidamente desde la entrada, por la imposibilidad de penetrar en su interior, y se convino al fin en que no podía entrar allí un hombre mas, aunque se le empujase con espeques.

Era por lo mismo indispensable que diez de aquellas criaturas se acomodasen en el sollado bajo la boca de escotilla, y que las veinte restantes durmiesen sobre cubierta.

El capitán echó de nuevo sobre el armador la culpa de haber admitido á proa mas pasajeros de los que podía llevar, asegurando que si se hubiese negado á recibirlos á bordo, como era de su deber, le habrían separado del mando y puesto otro en su lugar.

El mal no tenía ya remedio posible, y solo se pensó en acomodar aquellos pobres muchachos del mejor modo que se pudo, gracias á las insinuaciones enérgicas del comerciante, á quien el jefe del *Pelayo* no quería disgustar por razones que se alcanzarán perfectamente, con solo tener en cuenta su posición y el influjo de que por ella debía gozar en la Habana.

Una parte de los niños se acostaron dentro y debajo de la lancha, y los restantes buscaron á proa y al abrigo del fogón y del molinete un rincón en que acomodarse. Afortunadamente para ellos corría entonces el mes de julio y el tiempo estaba delicioso.

La noche se pasó sin novedad. Cuando el sol se presentó de nuevo en el horizonte, se hallaba el *Pelayo* á la altura de la Estaca de Vares, circunstancia que dice por sí sola bastante en favor de la marcha de este buque. Treinta leguas en doce horas escasas, y corridas las mas á beneficio del terral, era un andar mas que mediano, y el capitán debió quedar

satisfecho de su buque. Verdad es que no había quedado un palmo de yela por largar.

A las seis de la mañana se sirvió á los pasajeros de popa el café con un par de galletas por plaza, y á excepción de los cuatro niños que seguían aun muy mareados, todos ellos se desayunaron con apetito.

Para los de proa no hubo nada; absolutamente nada por entonces.

A medida que los rayos solares adquirían intensidad, las veinte infelices criaturas que habían dormido sobre cubierta fueron abandonando sus incómodos lechos, y sus cuerpos ateridos con la frialdad de la noche se fueron reanimando; y aunque poco acostumbrados aun al movimiento del buque y tambaleando cual si estuviesen beodos, y cayendo y levantándose á cada paso, consiguieron llegar á la obra muerta, á cuyo abrigo se sentaron.

Como se navegaba con tiempos favorables y mar bella y no había necesidad de maniobrar por entonces, se permitió que subiesen por pelotones sobre cubierta los pasajeros de proa que estuviesen en disposición de hacerlo, á fin de que se lavasen y limpiasen la inmundicia que cubría sus vestidos.

Pocos fueron los que abandonaron el sollado. El mareo se había cebado en ellos de una manera terrible, y hallándose por entonces algun tanto sosegados, se negaban á moverse temiendo que el mal se reprodujese con la misma intensidad que el día anterior.

Los que salieron estaban hechos una miseria, y hubieron de trabajar mucho y gastaron bastantes baldes de agua salada antes de ponerse en buen estado. La limpieza y el aire fresco y puro de la mañana los fueron reanimando poco á poco, y se les permitió permanecer arriba, mientras el buque siguiese la vuelta en que iba navegando.

Las gentes de la cámara fueron abandonando sus catres y subiendo tambien unas tras otras, y la cubierta del *Pelayo* adquirió por unos momentos una regular animación, animación que crecía á medida que se acercaba la hora del rancho que todos, y muy particularmente los que no habían comido desde la mañana anterior, esperaban con ansia. Se les había ofrecido un trato esmerado; la mar abre extraordinariamente el apetito, y no es extraño que anhelasen aplacar el hambre que principiaba á devorarlos.

Llegó por fin el ansiado momento; la campana del bergantín llamó á los pasajeros de proa; salieron de la cocina unas cuantas ollas humeando, y asomaron por la escotilla del camarote de la tripulación dos espuelas llenas de galleta y un porrón de vino tinto.

El cocinero puso en el suelo una docena de fuentes que llenó hasta los bordes de arroz y bacalao, únicas viandas que las ollas contenían, y el encargado de la despensa escanció unos diez cuartillos de vino en cinco tanques de hoja de lata, y entregó á cada pasajero un par de galletas.

La campana llamó por segunda vez; se esperó por los que faltaban un breve rato, y al ver que ninguno de los que estaban en el sollado se daba prisa á dejarlo, el cocinero colocó de trecho en trecho seis de las fuentes, en cada una de las cuales puso diez cucharas, y junto á cada fuente un tanque de vino, vino en que entraban por partes iguales el agua, la tintura del palo campeche y el jugo de las uvas.

Los pasajeros se lanzaron á la comida con ansia devoradora, y á los cinco minutos todo había desaparecido menos el hambre: se había alimentado á sesenta personas con lo que apenas bastaría para dejar satisfechos á cuarenta hombres de mediano apetito y que hubiesen cenado regularmente.

De los infelices á quienes el mareo retenía en el sollado, nadie se acordó por entonces.

Dos horas despues, á las doce de la mañana, se sirvió la mesa de popa, cuya abundancia y variedad tendremos ocasion de examinar otro día, y á las cuatro de la tarde se dió á las gentes de proa el segundo rancho, tan abundante como el anterior, sustituyendo el arroz con habichuelas y suprimiendo el vino, sin duda por innecesario.

El número de los pasajeros que acudieron al llamamiento de la campana ascendió á sesenta y seis. Los restantes continuaron sin tomar mas alimento que algunos tanques de agua que dos grumetes les bajaron, despues de estar gritando por espacio de dos horas, por lo menos, antes que se acudiese á matar la sed ardiente que los devoraba.

Anocheció sin novedad y se sirvió la cena á las gentes de la cámara.

El *Pelayo* tenía entonces el cabo Horteagal á cinco leguas por la aleta de babor.

BALDOVINO MENEZES.

Un avaro.

Mirando atento unas llaves
De raro gusto y primor,
Está don Tomé Garduña
En su estrecha habitación.

Amarilla está su cara
Cual la cara de un doblon,
Que de sobar tanto el oro
Se le ha pegado el color.

Terribles tiene las uñas,
Cada cual como una hoz,
Que pudiera aprovecharlas
En el campo un segador.

Pensando está en su dinero
Como en su novia un garzon,
Porque el amor de la plata
Reduce todo su amor.

Es hombre que por tomar
Tomaría un bofetón,
Mas agarrado que un asa,
Mas ruin y seco que un no.

Entiende la economía
Mejor que Smith y Proudhon,
Y al consumir un ochavo
Se muere de consunción.

Por no soltar, ni la risa
Suelta el bendito señor,
Y está delante de gentes
Mas serio que un panteón.

Porque lleva el talle suelto
A su hija riñe feroz,
Pero al verla con *prendido*
Se le quita el mal humor.

Mató un hijo muy buen mozo
Cuando soldado cayó,
Temiendo que por su altura
Le nombraran *gastador*.

Suele constiparse adrede
Por ver *tomada* la voz,
Y por tener solo emplea
Para comer, *tenedor*.

Por firmar recibos, pone:
«Recibí tal tropezo,
He tomado... la quinina
Que me recetó el doctor.»

Dice que el día del juicio
No tendrán perdón de Dios
Los tiradores de oro
Que haya en cualquier poblacion.

Cuando compra alguna cosa
Siempre de poco valor,
Sufre dolor de *costado*
Por lo mucho que costó.

Porque no diese la hora
Paró en su casa un reloj,
Y no ha admitido un criado
Porque fué repartidor.

De zarzales, porque agarran,
Todo su jardín sembró,
Y el que entra allí ya no sale
Ni de un tiron, ni de dos.

Suele tener por amigos
De escribanos un millon,
Cerrajeros, en fin, gente
De vió, llegó y agarró.

Pasa el tiempo contemplando
Las llaves de su cajón,
Y por la de un gentilhomme
No cambiará la peor.

Y aun dudo mucho, lectores
Que las cambie el muy atroz
Por las que tiene san Pedro
De la celeste mansion.

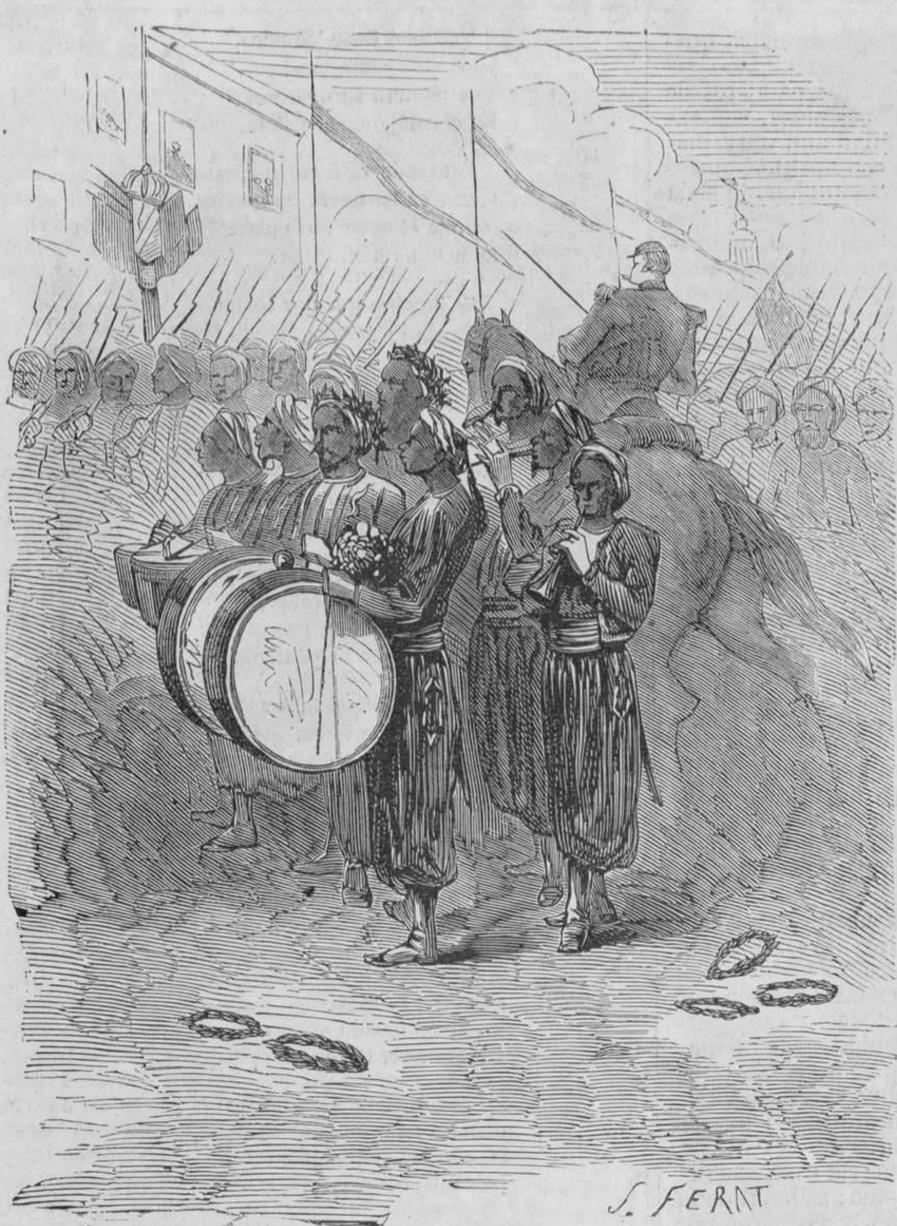
VICTORIANO MARTINEZ MULLER.

Los turcos en Paris.

El soldado de infantería árabe es un tipo que merece ser estudiado. La presencia en la capital de Francia de un regimiento de tiradores argelinos, bien disciplinado y fuertemente constituido, tiene una significación é importancia que no deben pasar desapercibidas, porque dan una prueba inequívoca de la excelencia del sistema administrativo adoptado en la colonia francesa del Mediterráneo.

Mientras en la India vemos á los cipayos rebeldes dos años hace poner en peligro la influencia de la metrópoli, y aprovecharse contra los soldados ingleses de la instrucción que han recibido, los argelinos, fieles y adictos á su patria adoptiva, derraman generosamente su sangre por ella y comparten en todos los campos de batalla los peligros y la gloria de los ejércitos franceses.

Desde el año de 1842, que fueron organizados los tres primeros batallones árabes, bajo las órdenes de Bos-



LA MÚSICA DE LOS TURCOS.



UNA TIENDA DEL BOULEVARD DURANTE EL DESFILE DE LAS TROPAS.

quet, Vergé y Thomas, ninguna diligencia ni cuidado han omitido los generales franceses para atraer á sus nuevas banderas á los indígenas y adherirlos definitivamente á nuestros intereses.

Hoy el *turco* es francés: mira con amor el águila de su regimiento, en la cual ha inscrito con su sangre mas pura los nombres de Tracktir, Sebastopol, Kinburn,

Turbigo, Magenta y Solferino, sin contar muchos combates africanos. Admira á su emperador, á quien ha visto á su lado entre el humo de la batalla, y se muestra ufano de su uniforme y de las insignias honoríficas que la victoria acaba de concederle.

La Francia tiene organizados en el dia cuatro magníficos regimientos de tiradores indígenas, tres que están en la Argelia, y el que incorporado al cuerpo de ejército del duque de Magenta, ha tomado una parte muy activa y gloriosa en las victorias del ejército de Italia. En el momento en que podia creerse que la guerra iba á tomar mayor extension, conociendo el emperador los servicios que debian esperarse de una tropa tan bizarra, habia resuelto la creacion del quinto regimiento, cuyo reclutamiento se estaba efectuando ya con mucha facilidad. Debemos insistir sobre la conducta de los *turcos* en Italia. En Sebastopol, donde se cubrieron de gloria, podia creerse que al combatir al lado de los franceses obedecian á sus sentimientos religiosos, y que defendian á la Media-Luna, amenazada en la persona del sultan. Pero en Italia no les impulsaba este móvil; se batian exclusivamente por la Francia y se han batido admirablemente.

En Turbigo, donde lucharon casi solos, llenaron de asombro al general de La Motterouge que los mandaba. Al siguiente dia rivalizaron en arrojo en Magenta con los mejores regimientos franceses, y el mariscal MacMahon los señalaba á la atencion del emperador.

En fin, en Solferino, donde perdieron á su digno é imponderable coronel Laure y á su valiente teniente coronel Herment, se excedieron á sí mismos.

El *turco*, al mismo tiempo que valeroso, es inteligente; todas sus palabras son sumamente expresivas; habla el *sabir*, idioma bastante parecido al de los mamamouchis de Molière, con el cual produce efectos sorprendentes. Cuéntanse mil anécdotas acerca de él, y en todas se le representa ventajosamente.

Le vemos en las calles de Paris contoneándose sobre sus flexibles caderas, enseñando con su risa franca sus dientes blancos y agudos. Al siguiente dia de haber llegado al campamento, se le vió salir de él para pasearse en los boulevares, ágil, aseado, casi elegante. Su bonito uniforme azul celeste, que ha resistido á las borrascas de la batalla, se halla todavía en excelente estado, tan limpio, brillante y acepillado lo conserva. ¡Y qué diremos del turbante, enrollado en su cabeza como una serpiente! (Así dice la cancion, porque tambien los *turcos* tienen sus canciones.) El turbante blanco es modelo de arte que causa la desesperacion de los zuavos mas veteranos de la guardia, tan perfecto es.

Tambien el calzado de los *turcos* es motivo de grande admiracion. Sus polainas y zapatos los calzan tan elegantemente como á una señorita; y al verlos no puede uno menos de preguntarse cómo pueden haer marchas tan largas con un calzado tan delgado.

Los árabes tienen casi todas formas caballerescas; son alegres y expansivos. A las preguntas que se les dirige, y que no siempre comprenden, responden con *maccach melley* y *melley bezess* guturales; sin embargo, algunos hablan bastante bien el francés.

Uno de sus oficiales, jóven recién salido de la Escuela militar, respondia á una persona que le preguntaba si



LA CABRA DE LOS CAZADORES DE INFANTERIA.



MAGENTA, PERRO DE LOS ZUAVOS DE LA GUARDIA.



LA DESPEDIDA DE LOS PRISIONEROS AUSTRIACOS.



SOLDADOS DISPONIENDOSE A EVACUAR EL CAMPO DE SAINT-MAUR.

sus soldados maniobraban bien. — « Como el batallon. » — Es todo lo que podia decir, porque el batallon es la Escuela misma de Saint-Cyr, el batallon por excelencia, que los antiguos alumnos de este establecimiento nunca designan con otro nombre.

En fin, no terminaremos sin hablar de su brillante cuerpo de oficiales. De él han salido los generales Bosquet, Vergé, Wimpffen, Thomas, Rose, Bataille, Bourbaki, etc.; los coroneles d'Argent, Levy, Martineau, Deschenets, Lievert, Laure, etc., etc.

Animosos, jóvenes, instruidos, todos los oficiales de los tiradores indígenas conducen á sus soldados con dulzura, estos los quieren entrañablemente, y no es difícil la disciplina entre hombres que respiran juntos el humo de la pólvora. Para un turco, el coronel, jefe de la tribu, es un padre. Si se le habla del general Bosquet, su jefe mas antiguo, nunca agota sus elogios; si se le recuerda al coronel Laure, su jefe mas moderno, hace verter lágrimas.

El mariscal Mac-Mahon es para ellos un semi-dios. — « Ese, dicen, tiene la cabeza allí, — indican el cielo, — y el brazo aquí, — enseñan el sable. »



PRISIONEROS AUSTRIACOS VISITANDO LA COLUMNA VENDOME.

Una persona que visitó el campo de Saint-Maur hizo esta observacion sobre los turcos:

« El modo con que guisan los turcos, decia, es digno de notarse; reina el orden y el aseo mas esmerado en la preparacion de su rancho, y todos los instrumentos de cocina, ollas, sartenes, calderos, etc., están estañados y brillantes, y revelan una limpieza que halagaria al holandés mas escrupuloso ó á la mas aseada gaditana. Nuestros soldados se hallan muy distantes de asemejarseles en este punto, y estoy convencido, añadia, de que el ejército francés recibirá lecciones muy provechosas en cuanto al aseo culinario si estudia á los turcos. Los zuavos serán los primeros en aprovecharse de esta reforma tan útil para el soldado, pues están unidos con la legion por los lazos de una amistad indisoluble, amistad cimentada con sangre y que se remonta á las guerras de Africa. En la campaña de Italia hemos tenido pruebas palpables del grado de heroismo á que pueden llegar dos regimientos unidos por los lazos de la adhesion, de la gratitud y de la fraternidad militares.

» Los cafés, las cervecerías y los almacenes de vinos de Paris han demostrado, bajo otro



LOS OMNIBUS SITIADOS POR LA TROPA A SU REGRESO DEL CAMPO DE SAINT-MAUR.

punto de vista, los felices resultados de la alianza de los indígenas y los zuavos.»

Los dibujos que se ven en estas dos páginas, entre los cuales se halla el que representa la banda de música de los turcos, se explican suficientemente con los letreros que llevan al pie; no obstante, diremos dos palabras sobre la cabra de los cazadores de infantería, y sobre el perro de los zuavos de la guardia imperial.

Todo París vio desfilar delante de los turcos esa hermosa cabra de los Alpes que se ve en nuestra lámina, adoptada por el regimiento; un oficial estaba encargado de guiarla y cuidarla durante la entrada triunfal, y la pobre cabra, en cuyo cuello arrollaban los soldados las coronas con que les metralaba el patriotismo parisiense, daba saltos con orgullo y de vez en cuando lamía y daba un bocado a su collar florido.

El 2º de zuavos llevaba también perro llamado Magenta, que ostentaba sobre el collar una banderola, y sobre el lomo la cantina del regimiento. Aseguran que es un héroe de cuatro patas que ollatea la pólvora como los otros los huesos. Por poco le costó caro aquel día de triunfo, pues por la noche enfermó de una indigestión de azúcar regalado por las blancas y finas manos de nuestras simpáticas parisienses. Desde Anibal acá sabemos cuán caras son para los valientes las dulzuras de Capua, y debe llamarse feliz el que las paga a costa de una indigestión; pero el perro del 2º de zuavos no ha leído sin duda la historia romana.

Revista de París.

Entre las tropas francesas que han regresado de Italia se encuentra una mujer española, natural de Burgos y llamada doña Petra de Flor, que desde sus más tiernos años se ha encontrado en las filas de la milicia, y ha asistido a muchas batallas.

En 1808 se hallaba en Burgos, donde se enamoró de ella un comandante del ejército francés con quien se casó, y durante toda la guerra de la independencia no se separó un momento del lado de su joven marido.

El año 1814 se vino a Francia y se instaló en París con su esposo el barón de Aubié. Este y su señora recibieron muy afables a cuantos españoles tuvieron el gusto de presentarse en su casa, hasta que murió el barón ya con el grado de coronel.

Doña Petra de Flor quedó viuda con un hijo, el barón actual, que hoy tendrá cuarenta años y es capitán de granaderos en el 93º de línea.

Es tan grande el amor de madre de aquella respetable señora (en el día tiene cerca de setenta años), que hallándose su hijo en Africa, donde ganó la cruz de la Legión de Honor combatiendo valerosamente contra los kabilas, dejó su vida cómoda de París y se trasladó a Africa.

El 93º debió marchar a Italia, y nuestra anciana compatriota marchó también a Italia, donde ha pasado los meses de la guerra, olvidando que estaba cerca del peligro porque se encontraba cerca de su hijo.

Admirando al pueblo italiano y a los zuavos, adorada de los soldados de la compañía de que su hijo es capitán, unas veces en coche con las hermanas de la Caridad que iban a curar los heridos, otras a caballo en medio de oficiales franceses, se la ha visto, siempre en buena salud y muy alegre, en Valleggio, en Voghera, cerca de Magenta é inmediata a Solferino.

De nuevo está en París rejuvenecida con el placer que le ha causado el que a su hijo le hayan respetado las balas de los austriacos, y se dice que recibirá la medalla de Italia.

Otras españolas llaman también en el día la atención del público parisiense, y son las bailarinas que trabajan en el Pré Catelan. Hé aquí cómo se expresa acerca de una de ellas el famoso crítico del *Diario de los Debates*:

«Ved cómo al ruido de las provocantes castañuelas acuden bajo esos árboles seculares las hermosas bailarinas que envía la España a ese teatro abierto a todos los vientos propicios. Una de ellas, la reina de las bailarinas con su donosura y su elegancia, es una hada, una gracia, una musa. Nada puede imaginarse más joven, más alegre, más vaporoso ni más vivo; cuando baila apasiona, y cuando agita por encima de su frente hechicera la pandereña entrelazada con sus dos brazos cubiertos con el velló del alberchigo, nos parece tener a la vista a la hermosa italiana a quien el poeta dirigía el *digito temporat ordinem*:

«Elle danse, elle rit, et la machine ronde
» Obeit, peffillante, à sa main vagabonde.»

Los teatros de París, que han pasado un verano fatal por lo excesivo de los calores, se disponen a inaugurar brillantemente la estación de otoño. En la Grande Opera se pondrá en escena una partitura olvidada hace años en París, *Romeo y Julieta*, de Bellini; con este motivo vamos a extendernos en algunas consideraciones históricas que tomamos de diferentes notas y apuntes que tenemos a la vista, prometiéndonos que serán del agrado de los filarmónicos.

Las crónicas italianas del siglo XIII en donde se cuentan las guerras de los guelfos y de los gibelinos, no tienen en verdad un episodio más interesante que el de *Romeo dei Montecchi* y de *Giulietta dei Capuletti*.

El gracioso misterio de su amor, las peripecias y el horror del desenlace, y por último, los adios políticos que sirven de fondo a la aventura, predestinaban este asunto al teatro.

Hojeando las *Novelle* de Bandello, se quedó prendado de este argumento el gran maestro del drama. Animada y tras-

figurada, digámoslo así, por el genio de Shakspeare, la *novella* de Verona vino a ser uno de los tipos eternos del arte y de la literatura.

Desde entonces en todas partes, en Nápoles y en Madrid, en Londres, en París y en San Petersburgo, la prosa y la poesía, la música y la escultura, la novela, el drama, la tragedia, la sinfonia y la ópera, se inspiraron alternativamente en la obra maestra de Shakspeare.

Aquí no hablaremos más que de las óperas.

La primera que se compuso fué la de Benda, que salió a luz en 1778. Lo más notable del libretto es que se cambia en él el triste desenlace de la crónica; Romeo no se envenena y se casa con Julieta.

En 1792 llegó a París un joven artista de Berlín llamado Steibelt, que hizo furor en los salones por su talento de pianista y de compositor. Fueron sus discípulas algunas personas elevadas, como Hortensia de Beauharnais, la futura reina de Holanda, Eugenia de Beauharnais, Sofia Gay, etc.

El conde de Segur le confió un libretto de *Romeo y Julieta*. Steibelt compuso la música, y el público recibió la obra con entusiasmo. Era el año de 1793.

La ópera, dicen los inteligentes, bastante mal escrita para las voces, contenía sin embargo bonitas melodias y escenas muy dramáticas; en suma, *Romeo* fué la mejor obra de Steibelt.

Zingarelli y Vaccai trabajaron después sobre el mismo argumento. *Giulietta e Romeo*, ópera en tres actos y cuatro jornadas, es de todas las obras de Zingarelli, tan célebre en su tiempo, la única cuyo recuerdo se conserva aun.

Se estrenó en Milan en 1796, y luego se representó por toda Europa.

Era una de las óperas favoritas de Napoleon I. Crescentino, en el papel de Romeo, estaba admirable. La cavatina de salida, la plegaria del tercer acto (era suya y no de Zingarelli), y sobre todo el aria famosa de la escena final: *Ombra adorata*, que le atribuyen también, produjeron el mejor efecto. Cuando la cantó por primera vez en París en el teatro de Tullerías, arrancó lágrimas a toda la corte y al mismo Napoleon.

Al día siguiente recibió la condecoración de la Corona de Hierro.

En 1812 la compañía italiana, que hasta entonces solo había trabajado en Tullerías, dió representaciones públicas en el teatro de la Emperatriz y en el Odeon, poniendo en escena la ópera en cuestión.

En 1816 el papel de Julieta sirvió para el estreno en París de una de las más ilustres cantatrices de este siglo, Giuditta Pasta.

En 1821 el tenor Bordogni se presenta por primera vez, y la Pasta cede a la Naldi el papel de Julieta para adoptar el de Romeo, que fué en lo sucesivo uno de sus mayores triunfos.

Por última vez se ejecuta el *Romeo* de Zingarelli en el Teatro Italiano en 1825, saliendo en ella una joven que más tarde debía hacerse célebre, madama Cinti Damoreau.

Nicolo Vaccai escribió su *Romeo e Giulietta* en 1823 para la Scala de Milan sobre un libretto de Félix Romani.

El 11 de setiembre de 1827 vino a París a dirigir los ensayos. Virginia Blasis creó el papel de Julieta; Bordogni continuó en posesión del que había desempeñado en la ópera de Zingarelli; y la Cesari se estrenó con el de Romeo.

En 1829 la Malibrán que había creado la *Juana Gray* de Vaccai en Italia, tomó el papel de Romeo y le cantó en París con un éxito brillante.

Por último, Bellini puso también en música el libretto de Félix Romani con el título de *I Capuletti ed i Montecchi*.

La ópera de Bellini se estrenó en Venecia en 1829, y se dió por primera vez en París el 10 de enero de 1833 con Rubini, Berettoni y las hermanas Giuditta y Giulia Grisi, ambas muy jóvenes y que habían creado en Venecia sus papeles de Romeo y Julieta. Con tales intérpretes la ópera hizo fanatismo en París.

M. Berlioz escribió después una gran sinfonia con coros solos de canto y recitados corales, una especie de oratorio profano que tenía el mismo argumento. En esta obra hay piezas de primer orden.

Volviendo a la ópera de Bellini, que es la que se ensaya hoy en la Grande Opera, diremos que se repitió en 1836, pero no con los mismos artistas. Giuditta Grisi acababa de morir, y la Albertazzi heredó el papel de Romeo; la Persiani reemplazó a la Giulia Grisi.

Muchos concurrentes al Teatro Italiano se acuerdan de las últimas representaciones de esta ópera en 1849, cuando la empresa corría a cargo de Ronconi.

Este inteligente artista tomó el teatro en malas condiciones, en medio de los trastornos políticos, sin abono y sin subvención del gobierno. Sin embargo, inauguró las funciones de la temporada con la partitura de Bellini, y el éxito no correspondió a sus esperanzas. Flavio era muy inferior a Rubini, a quien tuvo la desgracia de suceder en el papel de Tebaldo. La Persiani tenía en su favor su gran método y su brillante vocalización, pero carecía absolutamente de facultades dramáticas. Romeo salió mejor con la d'Angri, excelente contralto.

Desde 1849 no se representó en París la ópera, que no ha cesado de ponerse en escena en Italia, en España y en Alemania.

Digamos ahora cuatro palabras sobre la combinación que han hecho con los tres primeros actos de Bellini y el último de Vaccai.

Unos dicen que esta combinación tuvo lugar en 1836, y otros sostienen que fué tres años antes, es decir, en cuanto se dió en París la obra de Bellini.

Sea como quiera, el cuarto acto de Bellini se juzgó por unanimidad inferior al cuarto acto de la partitura de Vaccai, que todo el mundo tenía aun presente en la memoria. Bellini no había estado feliz en la escena final del drama, y por el contrario el *Romeo* de Vaccai no tenía nada digno de admirarse más que esa escena, pues los primeros actos habían parecido inferiores a los de la ópera precedente de Zingarelli.

La reforma era felicísima; y lo que dió más autoridad a esta

decisión es la circunstancia de que siempre mereció la aprobación de Bellini.

Bellini se hallaba en París cuando se puso su ópera en escena, dice M. G. Bertrand, uno de los autores de quienes tomamos los apuntes que preceden, y reconociendo al instante la superioridad de la escena final de Vaccai, se prestó de buena voluntad con la modestia y el candor que constituían el fondo de su carácter, a introducir en su partitura la pieza maestra de Vaccai.

De este modo pudieron continuarse las escenas sin interrupción y sin que se viese comprometido el buen éxito de la ópera.

Es éste un rasgo de la vida de Bellini que merece citarse.

Sin duda alguna el maestro se reservaba escribir otro final para completar su ópera; creía vivir más tiempo, pero como la muerte le sorprendió en la juventud a los treinta y tres años, ha sido preciso resignarse a sufrir esa interpolación que él había adoptado provisionalmente.

En aquellos tiempos era muy comun el corregir y aumentar las partituras de los compositores de más fama; Marliani, el autor del *Bravo* y de la *Xacarilla*, hizo otra obertura y un aria de salida para Julieta.

El *Romeo* que se ensaya en la grande Opera carece de todas esas interpolaciones inútiles. El empresario ha recibido de Italia varias partituras manuscritas para compulsarlas con las del Teatro Italiano, a fin de devolver a la obra de Bellini una pureza y unidad que quizás no ha tenido nunca, y aun en el acto cuarto solo hay del maestro Vaccai el aria de Romeo y el duo final. Lo restante es de Bellini.

Los aires de baile del segundo acto son de la *Straniera* y del *Pirata*.

Hablaremos de su ejecución actual en nuestra próxima revista.

MARIANO URRABIETA.

Ellas y ellos.

CUENTO.

«..... debemus suscipere hujusmodi, ut cooperatores simus veritatis.»

JOAN., EPIST. III.

PROLOGO.

13 de julio.

Juan X..... hijo de Madrid, provincia de idem, es lo que se llama un chico de talento, pero corto de genio: aburrido de la Coronada Villa, farto de tono por sobra de otra cosa, ocurriósele venir a un puerto de mar, y se vino. Juan para en la fonda de doña Restituta; Juan está cada mañana y cada tarde, a todas horas en el agua como un pato; Juan se liquida; perece, está para consuelo de dolencias, enamorado como un bruto.... *Fin del prologo.*

I.

20 de julio.

Son las mil y quinientas de la noche.

En el café no me acuerdo cuantos, en un rincón donde la luz y las tinieblas luchan a brazo partido, en torno de una mesa, que es una calamidad, véanse tres jóvenes, que valen tres calamidades: Perico, que fuma y se divierte con el humo; Antoñito, que se limpia los dientes con un palillo; Diego, que se fastidia. En el momento mismo en que a Perico se le cae la ceniza y se le apaga la colilla, que a Antoñito se le rompe el palo entre los dientes, que a Diego le pica en la nariz un mosquito, terco como un vizcaino, aparecen dos nuevos personajes: Juan y Modesto que, con el permiso del lector, se sentaron.

—¿Cómo va el negocio? dijo Perico encarándose a Juan.

Juan suspiró y añadió Pedro:

—Chico, haces mal: aquí el amor es contrabando, se liquida como pipa de vino en pesos fuertes.

—¡Y enamorarse de Pepita O Millions! exclamó escandalizado Antoñito: si tuvieras al menos cuatrocientos mil duros, como tu rival don Gil de la Rapiña....

—O un título de Castilla, como el marqués de la Deuda; añadió Diego.

—Eso mismo le venía diciendo, concluyó Modesto: estoy por el primo que se divierte, que.....

Los mozos del café dieron media vuelta a la llave del gas.

II.

Juan se retiró a su fonda lleno de miedo como un pobrecito: según cuenta él mismo, el corazón se le puso tamaño como un grano de arroz.

—¡Cuatrocientos mil pesos! ¡marqués de!.... ¿Qué hacer?

Juan no era más que un abogado de tres al cuarto: de frente y de espalda, por la derecha y por la izquierda, mirado por cualquiera parte abogado, ni un punto más. Tenía, es cierto, esa quisquosa que se llama talento; tenía grandes, inmensas esperanzas de pleitos, que era como tener un tío en Indias; tenía por delante todo un porvenir, lo que mirado despacio era y es una verdad como un templo. Todo esto le animó, y como esto se le iba ocurriendo a medida que se desnudaba para meterse en la cama, animóse Juan justamente en punto de quitarse el pantalón, y así fué que, enfundada una pierna y desfundada otra, llevó el índice a la frente, como quien discurre, y se puso a pensar en el medio más pronto y seguro de hacerse hombre de me-

dio millon de duros, grande de España de primera clase ó cualquiera otra barbaridad por el estilo.

Pasó una hora y Juanito continuaba con el pantalon á medio sacar en la mano izquierda y el índice de la diestra en la frente.

La vela espiraba, Juan desfallecia ya: dijo la luz pásele Vd. bien, y las ilusiones le dieron las buenas noches.

— ¡Cuatrocientos mil duros! ¡marqués de!... ¡Si yo fuera ministro! exclamó.

Concluyó de sacarse los pantalones, arrimó una silla al lado de la cama para subir; hizo la ascension, tomó la horizontal.

Y aquí paz y despues gloria.

III.

Juan tuvo aquella noche una horrible pesadilla: parece ser que se le apareció el diablo en persona acompañado de mucha gente del otro mundo; cada uno de los acompañantes llevaba un saco, ó para hablar mas comercialmente, una talega. Cuenta Juan, que á una mueca del diablo empezaron á llover talegas encima de su alma: como una media hora estuvieron cayendo talegas sobre Juan; el pobre chico quedó hecho una tortilla.

A la mañana siguiente sacó una cara de condenado: figúrense ustedes!...

Vistióse, atildóse lo mejor que pudo, no sin sentir la ausencia de un traje *comme il faut*, porque ello es una verdad que en el dia un buen mozo no vale una corbata bien puesta: en seguida con el objeto de hacer tiempo ó matarle, que todo es igual, salió al balcon.

Excelente idea: en el balcon de la casa de enfrente, que era toda una señora casa, estaba una muchacha... ¡qué muchacha!... ¡qué nariz aquella, Dios mio! ¡qué dientes! ¡qué soles! — Aquellos ojos negros, inmensamente rasgados, por donde cabia Juan todo él vestido con sombrero de copa alta; aquella cabellera, que haria ella sola la fortuna de un peluquero, cabellera negra como los ojos, guardando los confines de un rostro de nieve; aquel cuerpo irresistible como una necesidad, aquellos contornos, velados por un peinador blanco; aquella mano diminuta, cargada de fluido; la sospecha de un pié, desesperacion de todos los maestros de obra prima, pié enloquecedor, pié... pié... Nos perdimos: estamos en estado de sitio.

Juan dió un grito: aquella mujer era la quinta esencia de su alma, su dicha, su desesperacion mas honda; lo que veia en el teatro, á la orilla del mar, en la *soirée* A, B, C, D; Pepita O'Millions.

Súbitamente se cambió una mirada de uno á otro balcon, se oyó un suspiro, rompióse el fuego.

Juan quedó trasportado mirándola de hito en hito: hubo un instante supremo en que creyó imposible que aquella flor del cielo pudiese vivir en la atmósfera caliginosa de un asentista, ó en el viejo archivo de un noble godó.

Los ojos de Juan parecian dos ascuas: Pepita bajó los suyos, sonrojóse y desapareció bruscamente. El chico sintió que se le partía el alma: hizosela un nudo muy gordo en la garganta al ver que por un extremo de la calle entraba un elegante *milord*, cuyos lacayos llevaban la librea del marqués de la Deuda; por el otro extremo la pesada carroza de don Gil; por la callejuela de enfrente un buen mozo, que desapareció por una puerta de escape, casi sospechosa.

— ¡El primo! ¡el marqués! ¡el banquero! exclamó nuestro pobre hombre en el colmo de su desesperacion: la van á subastar, se la van á disputar la impudencia, el vil interés, el necio orgullo.... ¡Oh! la desprecio: es una mujer sin pudor, sensual, egoísta, vana.

Juan cerró el balcon de golpe, tomó el sombrero, se metió un *revolver* en el bolsillo, y salió de casa decidido á pegarse un tiro.

IV.

Anduvo calles y calles sin saber lo que andaba, como un loco.

A la vuelta de una esquina, una jóven de buen trapillo, inundada por la gracia, por toda la gracia de la tierra, le llamó por su nombre; pero que si quieres. La muchacha enjugó una lágrima, hizo un cuarto de conversion y marchó: era una modista con quien Juan habia hecho conocimiento en el cupé de la diligencia, de quien se habia enamorado perdidamente, á quien habia dado palabra de casamiento. Pero ahora Juan iba muy indignado de la injusticia de los hombres y de las mujeres, para que fuese á recordar así de golpe nada menos que una palabra de casamiento. ¡Ahí es un grano de anís!

Continuó pues andando: toma por allí, daca por aquí, Juan dió consigo sin saber cómo en la callejuela de su Pepa O'Millions en el instante en que Pepita, seguida de una doncella de tocador, salia de su casa por la puerta de escape.

Segundo grito de Juan, segundo cambio de miradas, segundo suspiro.

Pepa anduvo, la doncella anduvo, Juan anduvo, uno en pos de otro; y anda que anda llegaron á los baños, á lo que casi pudiéramos llamar *establecimiento de baños*.

Sentóse la chica á la derecha de una galería, sentóse el chico enfrente á la izquierda; y la primera, hermosa como nunca, y el segundo caído de sus negros proyectos, olvidado de su *revolver*, empezaron un coloquio mudo, que el demonio que le entendiese: hasta que llegó un bañero, dijo cuatro cosas á la doncella, las puso á la disposicion de su señorita, y la señorita y la doncella se fueron.

Como un cuarto de hora estuvo Juan mirando hácia la parte por la que escapara Pepita: por fin se levantó, empezó á desabrocharse el chaleco, pidió un cuarto, una sábana, etc., etc., y como quien no hace nada, trató de bañarse.

Metió en el agua su cabeza llena de ilusiones: Juan podia hacerlas, era buena figura; aprovechamos el momento crítico en que se mete en el agua para decirselo al lector. Ninguno en el caso de Juan sabe nadar: fuese por tanto á una cuerda, oculta detrás de una escalera, y aferróse á ella: tabique por medio tenia rugar esta conversacion.

— Perdone V., señorita, pero es un disparate.

— Yo le amo.

— ¡Despreciar así á un comerciante tan rico, á un marqués tan noble, y á un primo tan simpático por un desconocido!....

— ¿Y qué me importa todo eso? Lo que importa es que sea hombre honrado, de talento, y sobre todo, que me ame: quiero un hombre que me ame por lo que valgo, nó por lo que tengo....

No se oyó una palabra mas: las que así hablaban se alejaron, y Juan desvanecido, fuera de sí, saltó á la escalera, subió arriba, y sin encomendarse á Dios ni al diablo, hecho un papá Adán, se coló en la galería, abalanzóse á Pepita, que entraba á tiempo, hincóse de rodillas con las manos extendidas, suplicantes, chorreando agua salada, y... sabe Dios á donde hubiera ido á parar el asunto si un municipal, un carabinero, un bañero, tropa de todos los colores, no le hubieran cogido por el brazo,* levantádole, apartado de aquel lugar violentamente.

Pepita, como era de *ene*, se desmayó.

V.

Un caso tan extraordinario pedia medidas prontas y extraordinarias.

Como por ensalmo le pusieron un pantalon y una camisa, le metieron en un coche á empellones, como á persona de poco mas ó menos, y le condujeron al gobierno de provincia.

Eran las diez de la mañana ó las once, que maldito si nos importa la hora. El señor gobernador, que se las estaba gobernando durmiendo como un lirón, se levantó despues de algunos *dimes* y *diretes* y se dignó dar audiencia: entrado Juan, relatado el caso, la autoridad superior se inhibió y remitió el cuerpo del delito al señor alcalde de la villa.

El señor alcalde constitucional que, como hubiera salido á dar una vueltecita por su hacienda, no pareció hasta las cuatro de la tarde, buscó en el código la especie de *delito* y la especie de *pena*: al cabo de media hora, hojeados los tres libros, visto que nada decian, inhibióse el señor alcalde y remitió la pieza á la capitania del puerto.

Llegó Juan á la capitania, eternamente acompañado de un municipal, que juraba por todos los santos del cielo y por todos los demonios del infierno: en la capitania del puerto se meditó nuevamente el caso, se avisó á la *interesada*, se llamó á un consultor, se ofició al comandante del distrito, etc., etc.

El caso no era para menos: se le doy yo al mas pintado.

Así las cosas, cuando todo se volvía autos para mejor proveer, cuando los pareceres divididos fluctuaban entre remitir á Juan al dueño del *establecimiento de baños* ó pegarle una paliza de padre y muy señor mio, apareció en el umbral de la puerta un caballero, aunque anciano, presentable: á su entrada todos se levantaron con respeto.

— Don Juan X..., preguntó encarándose con el capitán.

— Ahí le tiene Vd.

Juan se levantó y saludó con toda la elegancia que le permitia su *negligé*.

— Este caballero, dijo el anciano, me pertenece.

— Pero, señor, exclamó el pobre Juan; ¿pertenezco yo á todo el mundo?

El anciano murmuró cuatro palabras al oido del capitán, este mandó á Juan que le seguiera, y se sobreyó en el pleito.

VI.

Juan atravesó la ciudad con su nuevo guardián en el fondo oscuro de una elegante carretela. Figúrense Vds. cuál seria su sorpresa al entrar en la casa, que él reconoció ser de su amada; al ver que el anciano le ayudaba á bajar del coche y le sonreía con dulzura, que aquellos criados tan galoneados le saludaban como á su amo y señor.

Entraron en una sala exornada con un lujo oriental: Juan se asustó de verse allí en mangas de camisa.

— Hijo mio, dijo el anciano como absorto en sus propios pensamientos; sé que esta mañana ha hecho Vd. una locura....

Juan quiso hablar.

— Es inútil, interrumpió el susodicho; yo la disculpo, porque la comprendo. Sé quién es Vd. y esto me basta; sé que es Vd. hijo de un paisano mio; hombre honrado, que goza de toda la estimacion posible en su país: felizmente puedo dar á Vd. mi hija y mi fortuna; mi hija le prefiere á Vd., sea. Usted tiene buen talento y esto me garantiza una buena conducta en su nueva posicion; un amor correspondido me responde de la dicha de mi hija.

En aquel momento entró Pepita: á Juan le dió un síncope escandaloso, volvió en sí y se le levantó calentura; en una palabra, estuvo el infeliz muchacho tres dias en cama.

Pepita, perdida ya desde la escena de la galería, escena capaz de volver el juicio á todas las nacidas — las nacidas son así; — Pepita que veia en la enfermedad de Juan una prueba irrecusable de amor, y no el efecto natural de un dia de ayuno, en que tantas emociones habian transido el alma de un cuerpo que despues de haberse paseado con un *revolver* en el bolsillo, pasó por un baño, y húmedo de piés á cabeza trabó conocimiento con todas las autoridades de la provincia; — Pepita, decimos, se entusiasmó hasta el heroísmo.

Pocos dias despues *ella y él* se casaban: al entrar en la iglesia vió Juan los ojos encendidos de la modista del cupé, Pepita no los vió; al salir de la iglesia vió Juan á sus amigos Perico, Antoñito, Diego y Modesto, que se hacian cruces.

VII.

CONCLUSION.

JUAN X. — Pido la palabra.

EL AUTOR. — Usted la tiene.

JUAN X. — Señores: las mujeres no son tan malas como dicen por ahí, peores somos nosotros...

EL AUTOR (interrumpiéndole). — Pasará á informe de una comision.

Z. CASAVAL.

Las mujeres y los niños.

Ciertamente conmueve y consuela el alma la tierna simpatia que une á los niños y á las mujeres, ya sean estas madres, ó no hayan sentido los dolores y los goces de la maternidad. Un pobre niño sin amparo acude en vano al corazon del hombre, pero nunca acude en vano al de la mujer. Cuando cubierto de barapos, tiritando de frio y extenuado de hambre, implora la caridad pública en una calle ó á la orilla de un camino, contad los hombres y las mujeres que se acercan á socorrerle y consolarle, y vereis que el número de los primeros es mucho menor que el de las segundas. ¡Qué palabras tan dulces se escapan entonces del labio de las mujeres!

— ¿No tienes madre?

— ¡Pobre hijo del alma!

— ¡Ángel de Dios!

— ¡Ay de las madres que paren hijos para verlos así!

Tales son las palabras que el labio femenino hace resonar en torno del niño desamparado.

Volved la vista á los serenos dias de vuestra niñez; recordad cuál de los dos seres enjugaba vuestras lágrimas, sellaba vuestra megilla con sus labios, os arrullaba con sus cantares, velaba vuestro sueño, tomaba parte en vuestros juegos, adivinaba vuestros deseos y los satisfacía, lloraba vuestras dolencias, y celebraba con profundo regocijo vuestra salud y vuestra alegría. El nombre de una mujer irá siempre unido á estos recuerdos, sea ó no el de vuestra madre. Dios, que lo preve todo, que jamás abandona enteramente á los débiles, ha dado al niño una madre en cada mujer.

Id por esas calles, recorred esas aldeas, entrad en la morada del rico, pasad luego á la del pobre, y aunque Dios os haya dado un alma vulgar y un corazon de piedra, encontrareis la esencia de la poesia y el sentimiento en la multitud de nombres con que en todas partes y en todas condiciones expresan las mujeres su ternura á los niños.

— ¡Amor mio!

— ¡Sol mio!

— ¡Embeleso mio!

— ¡Gloria mia! exclaman besando con delirio la rosada megilla de un ángel. Y estos nombres, no estudiados, sino salidos espontáneamente del corazon y emanados del mas puro de los sentimientos, ¿no valen tanto como todas las frases amorosas que pueden inventar los poetas?

El sentimiento que los niños inspiran á la mujer arranca á esta de la esfera común, sublima su espíritu en alas del fuego sacro de la poesia. Cuando veais á la mujer mas vulgar en el colmo de ese sentimiento, preguntadle, por ejemplo, porqué quiere á los niños, y es contestará estas palabras ú otras semejantes:

— Porque busco ángeles en la tierra, y solo los encuentro en ellos.

Si por otras virtudes, si por otros encantos, si por otros sentimientos no merecieran las mujeres el amor de todas las almas sensibles y generosas, le merecerian por esa santa simpatia que encuentran los niños en su corazon.

Benditos y amados sean los que comprenden y experimentan el sentimiento que movió el labio del divino Nazareno cuando dijo:

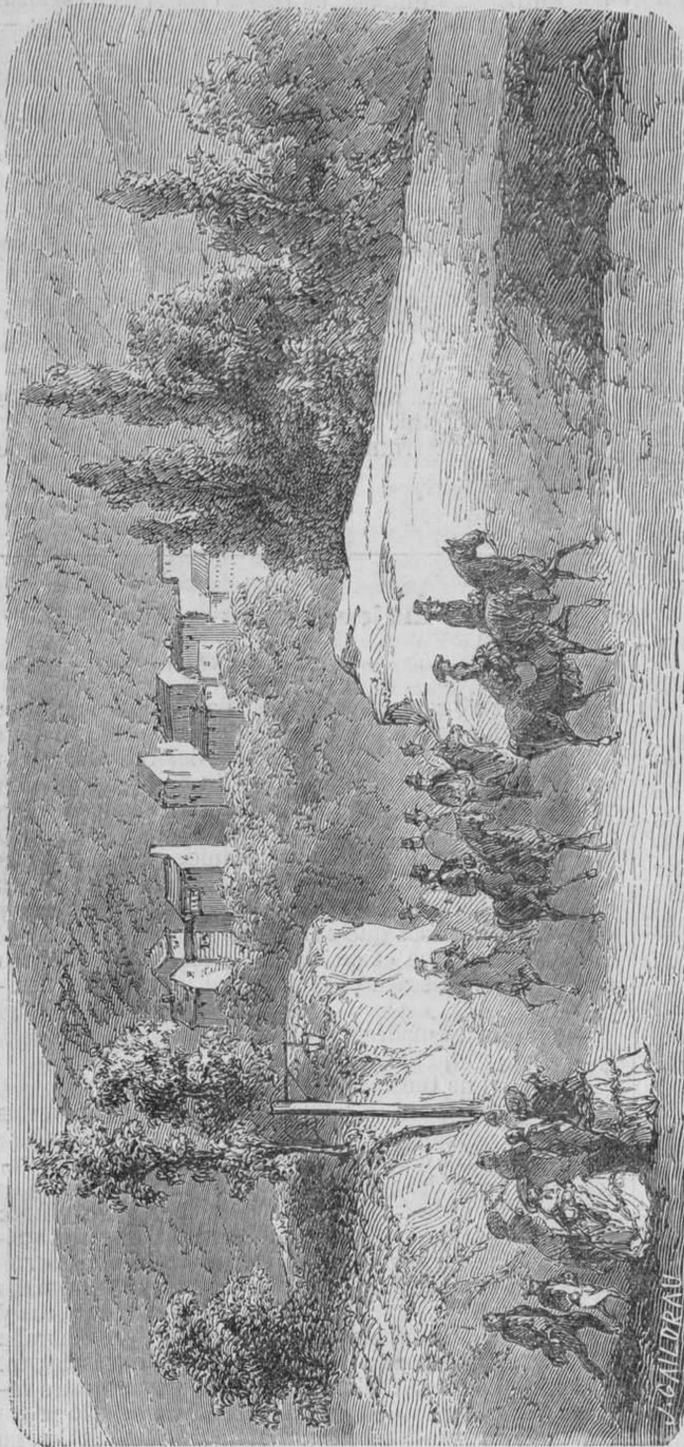
— « ¡Dejad que los niños se acerquen á mí! »

ANTONIO DE TRUEBA.

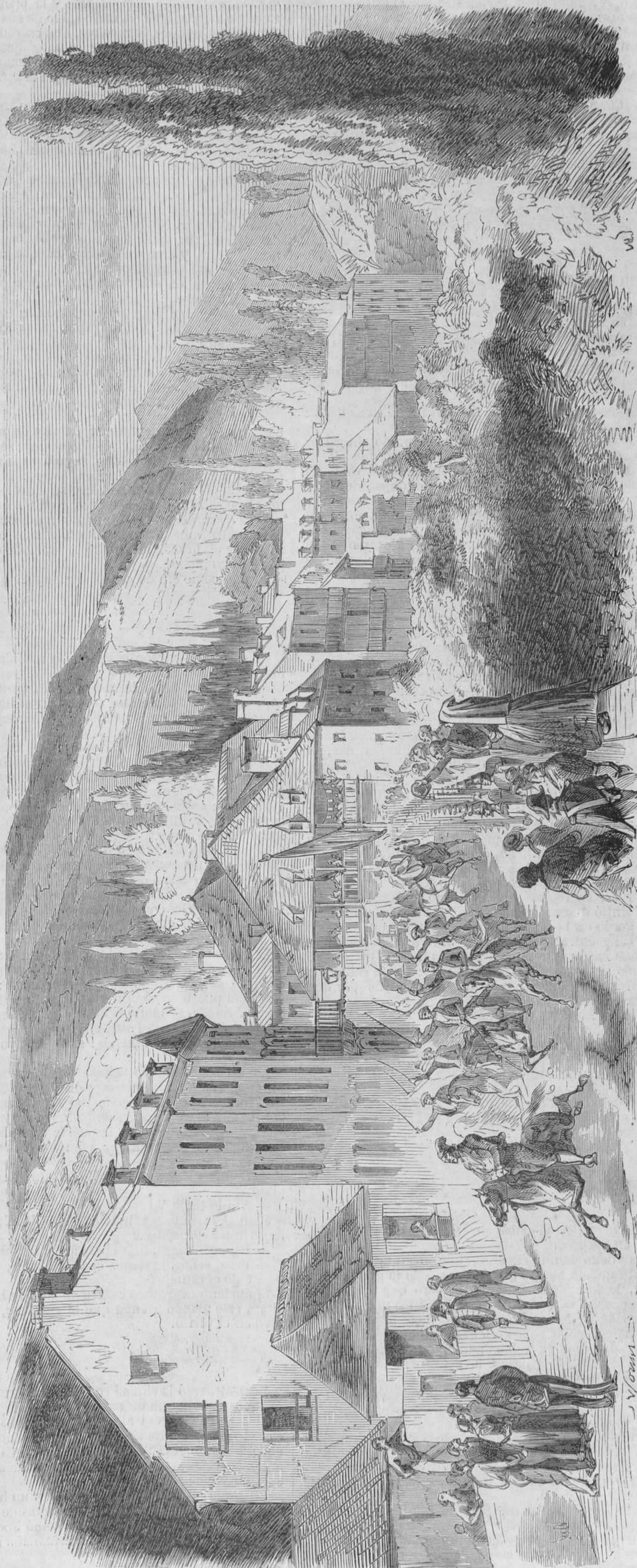
Llegada del emperador y de la emperatriz á Saint-Sauveur.

Concluidas las fiestas de los días 14 y 15 de agosto, SS. MM. el emperador y la emperatriz salieron de Paris con direccion á los Pirineos. El 18 llegaron á Tarbes, y el 19 por la mañana salieron de este punto para dirigirse á Saint-Sauveur. Las poblaciones salian al encuentro de SS. MM. y las aclamaban con entusiasmo.

A la entrada y á la salida de los pueblos habia arcos de triunfo. Por todas partes los habitantes querian demostrar á SS. MM. los sentimientos que les animan. En Argiles una guardia de honor compuesta de mozos del pueblo con el traje del valle, chaqueta azul y gorro encarnado, sirvió de escolta.



PASEO DE SS. MM. POR EL CAMINO DE SAINT-SAUVEUR.



LLEGADA DE SS. MM. EL EMPERADOR Y LA EMPERATRIZ Á SAINT-SAUVEUR. (Altos Pirineos.)

Delante de Saint-Sauveur una compañía de guías, formada para acompañar á SS. MM. en sus excursiones, habia salido al encuentro del emperador. Todas las jóvenes de las mejores familias, con el antiguo traje del pais, tuvieron el honor de presentar un ramillete á la emperatriz.

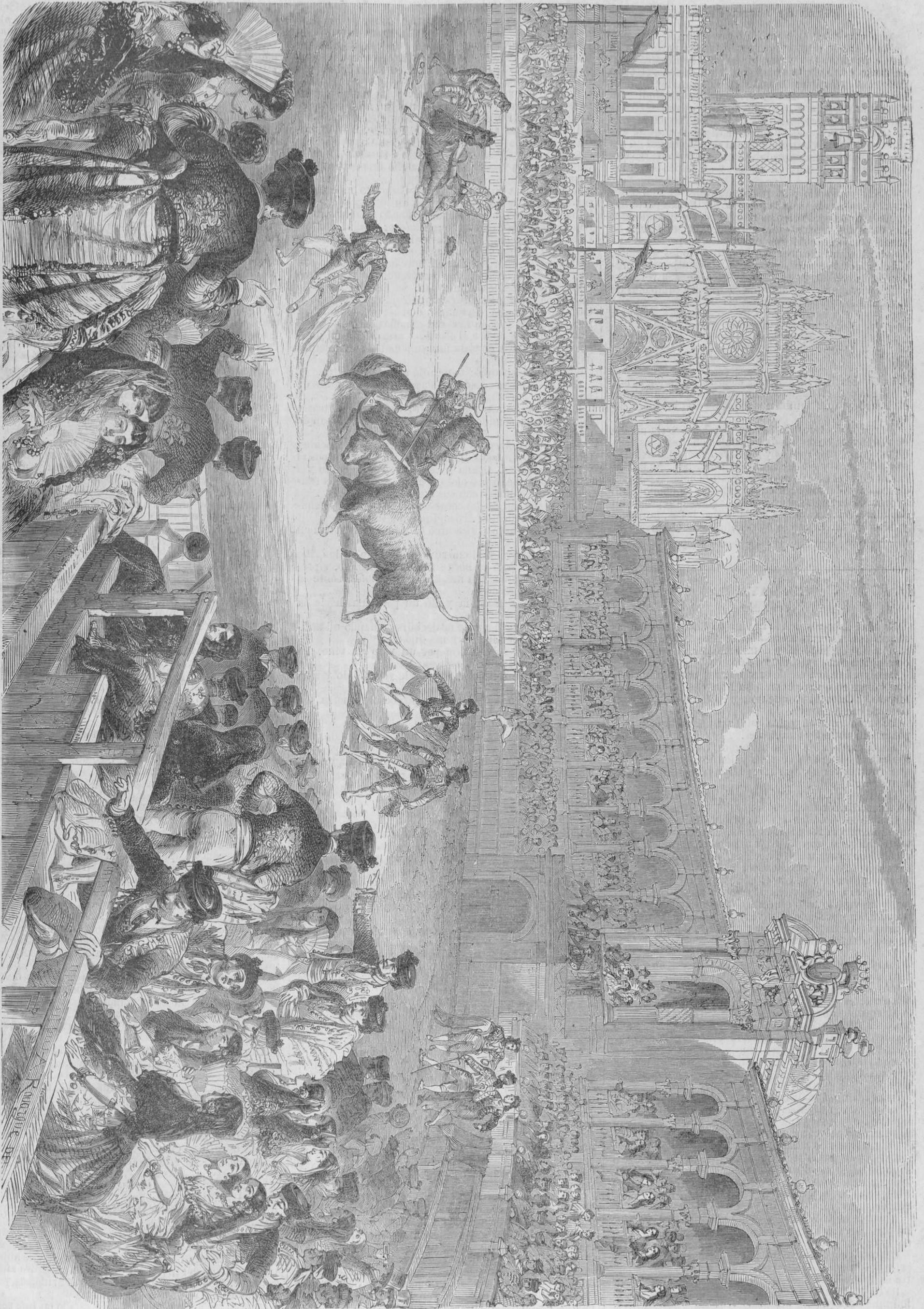
La entrada de SS. MM. en Saint-Sauveur adonde llegaron de noche, se hizo en medio de aclamaciones. Toda la poblacion esperaba á SS. MM., y á la entrada de la aldea se habia levantado un arco de triunfo. Los guías de los Pirineos abrian la marcha. Un destacamento de tropas que habia llegado de Tarbes formaba la carrera cerca de la casa de Brohanban, donde se apearon SS. MM. El emperador tenia una pequeña comitiva. La casa Brohanban se halla en una situacion soberbia, y domina uno de los mas hermosos panoramas que puede ofrecer ese pais tan rico en perspectivas.

Esta casa fué habitada en tiempo de la Restauracion por las duquesas de Angulema y de Berry. En la aldea existe una columna triunfal que recuerda la residencia de las dos sobrinas de Carlos X.

Sus Majestades permanecerán en Saint-Sauveur hasta el 8 de setiembre.

Al día siguiente de su llegada, el emperador y la emperatriz fueron á visitar las cercanías á caballo. La hermosura del paisaje y los accidentes de terreno tan pintorescos que por todas partes se descubren llamaron altamente su atencion; la emperatriz, que conoce el pais hace ya tiempo, admiraba esos lugares magníficos de la naturaleza como si fuese la primera vez que estaban á su vista.

J. C.



UNA CORRIDA DE TOROS EN SEVILLA.

La plaza de toros de Sevilla.

La plaza de toros de Sevilla presenta un aspecto monumental; por desgracia solo una tercera parte de ella está concluida. Ese vasto hipódromo demuestra cuán en favor estaba la tauromaquia á mediados del siglo último. A principios de este siglo salieron los Guillen, los Pepe Hillo, los Castro, predecesores de Montes, el Chielanero, Cúchares, á quienes no sobrepujaron en audacia ni en el conocimiento de los diferentes caracteres de la fiera; pero ellos abrieron el camino, y quizá sus nombres sobrevivirán mas que el de sus émulo en las crónicas de la tauromaquia. Además tuvieron la ventaja de ser celebrados en lienzo y en papel por el famoso Goya.

El aficionado á lo pintoresco no sentirá que no estén concluidas las obras de la plaza de Sevilla. La parte terminada comprende el palco real y el del ayuntamiento. Los otros dos tercios están formados por andamios de madera bajo los cuales se eleva el toril; pero esos andamios llegan únicamente á la altura de los tendidos. Gracias á esto se pueden distinguir las antiguas murallas de la ciudad y los campanarios de sus veinte y cinco parroquias, igual número que las campanas de la Giralda.

Veinte y cinco parroquias
Tiene Sevilla,
Veinte y cinco campanas
La Giralda.

La Giralda levanta hácia el cielo su pirámide aguda coronada con el ángel dorado que gira sobre la vara de hierro y que tambien acompaña á la hermosa catedral.

La plaza de toros de Sevilla es preciso verla un día de primavera cuando toda la población llena los tendidos; cuando los rosales y los naranjos en flor exhalan sus perfumes y embalsaman la atmósfera. Nada mas curioso que el espectáculo que presenta aquella reunion de majos y de mujeres cuyos cabellos de ébano están adornados de flores naturales. Los vendedores pregonan sus mercancías, naranjas, agua fresca, bocas, buñuelos y bizcochos... Luego se oye la música, el corregidor toma asiento en su palco y principia la corrida.

P. B.

EL PAYASO.

(Continuacion.)

No sé si debo atribuirlo al vino de Champaña ó á las singulares historias de mi amigo; pero lo cierto es que me hallaba en la funcion dominado por una agitacion de espiritu muy extraña.

Desempeñaban una de esas eternas pantomimas en que Casandro quiere casar á su hija Colombina con el Payaso, y Colombina, que no ama á este novio, se casa siempre con Arlequin.

Me parecia que el teatro estaba iluminado como un palacio de las *Mil y una Noches*.

En el momento e que entramos, Colombina estaba sentada al borde de la escena y lloraba. Sus lágrimas, que yo creia ver correr suavemente, me parecian otras tantas perlas líquidas.

Llevaba un vestido corto, y lucia su pierna torneada en su media bordada de seda.

Limpié los cristales de mis gafas y distinguí durante un momento la realidad, es decir, una muchacha bastante ordinaria, con un traje arrugado; pero la ilusion recobró en breve todo su hechizo, y me sobrecogió un sentimiento de compasion por aquella pobre criatura que no podia casarse con el hombre á quien amaba.

Entonces apareció Arlequin con su media careta negra y su vestido todo sembrado de lentejuelas. Saltaba á una altura prodigiosa, y viendo al mismo tiempo las lágrimas verdaderas que derramaba Colombina, me produjo el efecto de un amante fantástico.

Pensaba á pesar mio en el irresistible y fatal Don Juan que amaba á todas las mujeres y era amado de todas, y que hallaba para fascinarlas tantos rostros, tantos ademanes y tantas sonrisas como Arlequin llevaba colores y lentejuelas en su traje.

Arlequin pegó en el suelo con su vara. Colombina corrió hácia donde estaba, y él la cogió en sus brazos mas ligera que una pluma.

Entonces salió el Payaso con su vestido blanco, sus mangas largas y su rostro cubierto de harina, en el que brillaban dos ojos negros encendidos como dos ascuas.

Era el famoso actor Debureau.

Le arrojaron algunas naranjas que él recogió y se metió en el pecho, imitando despues graciosamente el movimiento desordenado del seno de Colombina.

La gente se reia á carcajadas.

El Payaso permanecía impassible, pero en su rostro se pintó muy luego una ira grotesca.

Se apoderó de la vara de Arlequin que se habia quedado en el suelo, y emprendió á palos con este gaitan, que era muy cobarde y huyó á toda prisa.

Al verse libre de su presencia volvió hácia Colombina para engañarla; pero ella principió por encogerse de hombros y acabó por darle de bofetones.

Casandro acudió al ruido, el Payaso le expuso su queja, y despues le persiguió hasta que le hizo entrar entre bastidores.

De repente se supo que Arlequin habia robado á Colombina: era preciso alcanzarlos.

Entonces la accion cambió de lugares del modo mas singular; unas veces pasaba sobre un mar amarillo por el cual bogaban Casandro y el Payaso en una embarcacion ligera, á dos pasos de un pez enorme que abria la boca para tragárselos; otras era en un desierto donde las rocas se ponian á bailar en torno del Payaso muerto de susto.

Cuando por acaso se encontraban los cuatro personajes, habia una lluvia de bofetones que se daban unos á otros con la rapidez de una corriente eléctrica.

En esta persecucion extraña, el Payaso, filósofo profundo que sabe no se podrá casar con Colombina, se consolaba sacudiendo y espantando á Casandro y Arlequin cuantas veces hallaba para ello una ocasion propicia.

Aquí, en una posada, ofrecia á Casandro muerto de sed una botella que este apuraba ansioso, y luego que habia concluido, le mostraba sonriendo el rótulo de la botella donde estaba escrito: *Laudano*; acullá, al afeitarse, hacia ademan de cortarle la cabeza, y á Casandro se le erizaban los cabellos.

En estos chascos lúgubres Debureau se animaba con una alegría fatídica que no comprendia el vulgo, pero que los inteligentes admiraban. Se dudaba sobre lo que hacia; se dudaba si era verdad que envenenaba á Casandro y queria degollarlo, ó si se proponia hacer reir á la gente y nada mas con aquellas farsas.

— ¿Os parece alegre el Payaso? pregunté á mi amigo, que no perdía de vista ninguno de los movimientos del actor.

— Sí, me respondió; tiene una alegría siniestra.

Hubo una escena en que el Payaso estuvo á punto de triunfar de la resistencia de Colombina.

Estaba esta con Arlequin al otro extremo del teatro haciendo una comida frugal de agua fresca y pan de municion.

En el otro extremo el Payaso comia opíparamente; tenia delante una botella lacrada, un hermoso pastel y muchos dulces. Comia y bebia, y á cada trago y á cada bocado torcia los ojos de gusto y se frotaba suavemente el estómago con sus dos manos.

Colombina no estaba contenta con Arlequin y echaba miradas colidias al banquete del Payaso.

Al fin se levantó y se acercó á su mesa con la risa en los labios.

Entonces el Payaso llenó su copa, la puso en la orilla de la mesa, alargó la boca simulando un beso, y presentó á Colombina una megilla muy redonda sobre la cual apoyaba un dedo.

Colombina se sonreia y dió un paso mas hácia la mesa.

No sé si estaba á punto de decidirse, cuando mi amigo se levantó de repente y me dijo:

— Esa mujer se venderia por un vaso de vino. Ya hemos visto bastante, vámonos.

Yo le seguí con inquietud, pues le veia pálido y agitado.

El aire le serenó un poco; respiraba con fuerza pasándose la mano por la frente.

Hablamos durante media hora bajando los bulevares, pero se conocia que estaba muy preocupado. Delante de Tortoni nos despedimos por algun tiempo, porque habia espirado mi licencia y yo debia regresar á Tolon inmediatamente.

II.

Hacia un año que estaba yo embarcado á bordo de la escuadra y no habia sabido nada de mi amigo Carlos Servieux, cuando recibí una carta suya concebida en estos términos:

«Mi querido amigo: os escribo en uno de mis momentos lúcidos, y no tanto para deciros lo que ha sido de mí como para daros cuenta á mí mismo de lo que he hecho desde que nos separamos.

Necesito saber si no estoy loco de veras, aunque haya obrado matemáticamente en mi locura. Es propio de una idea fija el tener sus consecuencias lógicas hasta que comprende que corre en pos de una quimera.

Os acordareis de aquella noche que fuimos al teatro de Funámbulos el año último.

Yo salí de la funcion pensando en el talento extraordinario de Debureau, y cuando me dejásteis se me ocurrió una idea que os haré reir, y es que la encarnacion del diablo en este mundo debia ser el Payaso, no el payaso de la escena con su traje tradicional, sino un hombre pálido, de ojos negros, alto, bien configurado, de corazon de bronce y músculos de acero, que viviendo en la sociedad donde ejerceria un poderío enorme, haria siempre el mal impassible y risueño.

Preocupado con esta idea volví repetidas veces al teatro de Funámbulos, y en breve pude notar que habia dado yo demasiada importancia al Payaso, ó por mejor decir, que el Payaso francés era demasiado gracioso para ser la maldad personificada.

Apenas se parecia al tipo que tenia yo en la imaginacion.

Reflexionando un poco no me sorprendió esto.

El genio del mal por fuerza debe de ser cosmopolita; por consiguiente, ningun pueblo puede reproducir de un modo completo esa grande individualidad. Que la represente bajo la forma de payaso ó de otro personaje por el estilo, no puede prestarle mas que los vicios ó las facultades perversas que le son propias. Revistiéndole de un cuerpo humano, no puede hacer correr mas que su propia sangre en las venas de ese Proteo misterioso y temible que aparece en cada pais bajo una for-

ma diversa, aunque siempre es la misma en el fondo.

De este modo, perdonadme esta disertacion de algunas líneas, en las tres zonas que dividen la Europa del Oeste al Este, dejando aparte las comarcas del Norte donde la imaginacion demasiado infantil ó demasiado mística no sabe dar una forma positiva á sus sueños, encontramos en Francia el Payaso, en España el Gracioso, en Italia y en Sicilia el Polichinela, y en Grecia y en Turquía el famoso Karagueuss de los Levantinos.

Con intencion no os hablo todavía de la Inglaterra.

El Payaso, si no le hubieran desfigurado por la necesidad de divertir al vulgo que frecuenta el teatro, es el que mas se acerca al ángel caído tal como le concibe la poesia. Tiene la gracia deslumbradora, el valor frio y una melancolia profunda en su maldad. Parece condenado al mal eternamente.

Polichinela es un demonio de un orden inferior; es tambien gracioso, pero es cobarde; hace el mal con placer, y sus malicias ya un poco crueles se rozan siempre con el libertinaje; su ojo oblicuo, su nariz y su barba que se juntan, hacen una caricatura de su rostro.

El Karagueuss no es una creacion humana, sino el dios Priapo resucitado. En lo alto de su tablado mantiene una escuela de cinismo, de licencia y de crueldad para el pueblo ignorante que le escucha riendo y que solo conoce los amores brutales.

En cuanto al Gracioso español es un derivado del Payaso.

Admitidos una vez estos diferentes aspectos de un mismo tipo, experimenté, no sé porqué, como un inmenso deseo de resumirlos en mí y de representar en un teatro en donde cada cual pudiera venir á contemplarle y á estremecerse contemplándole, ese papel del genio del mal con todo lo que tiene alternativamente de siniestro ó de bajo.

Para esto tenia que principiar por trabajar mucho.

Comencé por hacer un rápido viaje de tres meses por el Levante á fin de estudiar al Polichinela y al Karagueuss.

¿Sabeis lo que me paró algunos instantes en mis estudios? Fué el hallar en cada uno de ellos la deformidad moral junta con la deformidad física. ¿Por qué razon? ¿Es necesario que el diablo tenga cuernos para espantarnos, alas de murciélago y piés engarabitados?

Consulté á los poetas sobre este punto, pero inútilmente.

Si la infame Alcina del Ariosto no parece una mujer encantadora sino gracias á un talisman, porque es en realidad la criatura mas horrible que pueda verse; si sus brujos y sus genios maléficos son en su mayor parte repugnantes y disformes; en cambio Han de Islandia y Cuasimodo, aunque son monstruos, tienen rasgos admirables de ternura y de bondad, ó están dotados de una grandeza salvaje.

Shakspeare ha puesto en escena á Ricardo III y á Caliban, el uno tal como fué, el otro tal como le concibió su imaginacion. Ricardo III es un monstruo de cuerpo y de alma; Caliban está amnistiado por ciertos sentimientos de arrepentimiento y de gratitud. — Yo acabé por repudiar en mi creacion la deformidad física.

Con efecto, la perversidad sorprende mas en un ser dotado de hermosura, que en otro que nada tiene que agradecer á la naturaleza.

De este modo fué tomando cuerpo poco á poco en mi cerebro un genio del mal, grandioso y melancólico, de una irresistible seduccion, cinico y bufon por instantes, á fin de que se levantara mas despues de haber caído.

Sin embargo, lejos estaba aun de ser completo.

Comprendia yo que no tenia la grandeza siniestra que atrae, y queria que tuviera en caso necesario la que hiela de espanto, la que acaba con toda simpatia, la que cuaja la sangre en las venas.

Este elemento de fria ferocidad que yo buscaba, me figuré que le encontraria en Inglaterra un día que miraba con detencion la viñeta del periódico inglés el *Punch*. El *Punch* tiene la sonrisa cruel del antropólogo que arranca con sus manos trémulas de deseo las entrañas de su victima.

Su rostro demuestra en alto grado el desden de todo sentimiento humano; carece de emocion y de remordimientos, pues no conoce mas que su egoismo y la satisfaccion de sus gustos, sin pensar en las lágrimas y la sangre que deben costar esos caprichos á generaciones enteras.

Atravesé la Mancha, ví el Payaso inglés, y descubrí con alegría que no me habia engañado.

Volví lleno de horror despues de haber visto en accion todo un curso de poesia inglesa, la mas terrible y negra de todas las poesias, que puede creer como la nuestra en un ángel caído, pero en un ángel que se ha resignado friamente á sobrellevar su destino, que saca partido de la pobre humanidad de un modo enteramente positivo en provecho de sus vicios y sus comodidades, y que ha perdido hasta la memoria del cielo.

Terminados mis estudios preparatorios, traté de pasar de la teoría á la práctica; y á fin de que no me distrajera el movimiento exterior, fui á vivir á una casita que poseo en la Bretaña.

No se puede dar nada mas triste que Mont-Assise; así se llama mi casa. Apoyada por un lado en altas montañas, tiene la otra fachada sobre un torrente que aumentan las lluvias del invierno, y sobre una llanura sin vegetacion, toda ella sembrada de piedras drúidicas y mas allá de la cual se distingue el Océano.

Yo dejé los aposentos en el mal estado en que se ha-

Haban, y solo me ocupé del salon del piso bajo, cuyas cuatro ventanas daban por un lado á la montaña y por el otro á la mar.

Cubrí el suelo con una gruesa alfombra que amortiguaba el ruido de los pasos, y puse en las paredes grandes espejos que se tocaban, de modo que se viera uno por todas partes.

El amueblado consistia en un ancho divan y dos grandes cofres de ébano con incrustaciones de cobre que habia traído yo del Levante.

Esos cofres encerraban los trajes completos de Casandro, Arlequin, el Payaso y Colombina.

Tres maniqués que debían llevar tres de aquellos trajes, se hallaban de pié en los ángulos del salon, y un trapezoid sostenido por dos cuerdas bajaba del techo.

Entonces comenzó para mí una existencia extraña. Queriendo adquirir la flexibilidad de miembros que es indispensable á todo payaso, me ocupaba en hacer gimnástica todas las mañanas durante muchas horas.

Comía mucho en el almuerzo, y luego agobiado de cansancio pasaba lo restante del día durmiendo ó descansando en una indiferencia sombría.

Por la tarde despues de comer sentia estremecimientos nerviosos, y es porque se acercaba la hora importante de mi vida.

Electivamente, cuando habia despedido á un viejo criado, el único que tenia en Mont-Assise, encendia los candelabros, y si la noche estaba serena abria las ventanas.

Así distinguia por un lado la sombría verdura de la selva cuyos ruidos extraños y lastimeros llegaban hasta mí; veía por el otro la luna trémula que plateaba con reflejos siniestros las piedras druidicas, y por último, oía á lo lejos el sordo mugido del mar.

Entonces me ponía ora el traje de Arlequin, ora el de Casandro, ora el del Payaso.

Las primeras veces desempeñaba, sin cambiar nada, los papeles de esos distintos personajes en las diferentes pantomimas que habia visto, y al cabo de pocos días me pareció que trabajaba yo de un modo satisfactorio.

La media careta negra hacia fácil el de Arlequin, para desempeñarle bien solo hacia falta desplegar mucha agilidad, y darle cierto sello de originalidad fantástica.

El de Casandro, ese papel eterno de los tutores engañados, egoístas en su necedad y necios en su egoismo, no me costó ningun trabajo.

Únicamente me apasionaba el del Payaso.

Me ponía delante de un espejo, y trataba de hacer que en mi fisonomía se pintaran todos los sentimientos posibles, desde la bondad hasta el odio, haciéndolos pasar sucesivamente de la necedad á la ironía, y llevándolos luego instantáneamente á una inmovilidad completa.

Tenia á mi lado para ayudarme y guiarme en estas tentativas un Lavater abierto, y si el cándido autor de esas páginas tan llenas de observaciones y de ciencia, hubiese podido verme, sin duda alguna se habria estremecido.

Y sin embargo, el resultado á que habia llegado era poca cosa.

Seguro de que brillaria en las farsas ridículas y tontas que hacen representar al Payaso, di rienda suelta á la imaginacion exaltada por la soledad y por sueños incesantes, y me compuse otros papeles.

Así como habia en las piezas de los Funámbulos monstruosidades físicas, inventé yo monstruosidades en el órden moral.

No quise ser el Payaso que tiembla delante de un diablo grotesco con cuernos y rabo encarnado; yo quise que el diablo temblara en mi presencia.

Un día en una de mis elucubraciones mas extrañas, me persuadí ser el diablo bajo la forma, sin duda muy vulgar, de un hombre excesivamente rico que no socorria á ningun pobre.

Figurábame al mismo tiempo que estaba sentado delante de una mesa cargada de oro, y todas las miserias humanas me imploraban con gritos, gemidos ó un dolor mudo, pasando por delante de mi mesa.

Era primero un infeliz jóven que habia robado cien francos al amo de la casa en que trabajaba; me pedía que se los diera; me decía que iban á llegar los gendarmes, y que si no podia poner en la caja aquellos cien francos, le llevarian preso.

Yo me sonreía con mucha serenidad y no daba el dinero.

Luego venia una madre que necesitaba diez sueldos para que no se muriese de hambre su hijo.

Me hacia ver las convulsiones de la pobre criatura; pero en aquel momento acariciaba yo los hombros de una hermosa jóven, y no daba el dinero.

Aquella noche hubo una tempestad horrorosa.

Yo tenia enfrente de mí un espejo en donde me veía.

No pensaba en las miserias humanas que seguian desfilando por delante de mí, y me miraba mas como espectador que como actor en aquella lúgubre escena.

Me pareció haber crecido.

Mi blanca mano con los dedos afilados continuaba jugando con la masa de oro que estaba allí presente á mis ojos, aunque en realidad no existia.

A mis labios asomaba una sonrisa fatal.

Mis ojos hundidos tenian un brillo insoportable, y la harina que me habia dado en el rostro estaba intacta.

En el momento en que me miraba mas atentamente y con una admiracion mezclada de horror, un relámpago de un anchura sorprendente, semejante á una banda de fuego, iluminó mis ventanas, y me pareció que todos los diablillos de la llanura, que segun las su-

persticiones bretonas se guarecen en las piedras druidicas, negros todos y con las uñas puntiagudas, me aplaudian riendo acurrucados detrás de mis cristales.

Me di miedo á mí mismo y me alcé sobre las puntas de los piés; pero en el mismo instante el ruido del trueno que siguió al relámpago, hizo temblar toda la casa; las vidrieras se hicieron mil pedazos, y una ráfaga de viento y de lluvia penetró en la habitacion y apagó las luces.

Yo me desmayé, y no recobré el uso de la razon hasta que sentí el frío de la mañana, mas intenso aun porque el tiempo habia refrescado con la tormenta.

Salí de aquel letargo como de un sueño largo y reparador, lleno de fuerza y de confianza en mí, porque sentia que habia alcanzado el fin que me habia propuesto.

Mas una duda me ocurrió; habia logrado espantarme á mí mismo; ¿pero espantaria del mismo modo á los demás? Y por otra parte, ¿mi modo de trabajar no pondria en derrota á los actores que debian acompañarme?

Podria pasar por un fenómeno no comprendido de nadie y haria un fiasco completo.

Entonces pensé de repente que necesitaba una mujer, que enseñada por mí hiciese el papel de Colombina.

Ahora me digo que quizá bajo este pensamiento se ocultaba el deseo de sustraerme á mi soledad, y la esperanza de que la presencia de una mujer disiparia los terrores que me asaltaban de tiempo en tiempo, cuando me identificaba demasiado con mi papel de Payaso, como me habia sucedido la víspera.

Peró el hallar la mujer era difícil.

No podia tomar una muchacha del pueblo, porque habrian creído que yo queria hechizarla; muchas veces ya mi viejo criado se me habia puesto de rodillas llorando y suplicándome que volviera á Dios.

Yo queria al mismo tiempo una mujer á quien agradara la carrera que yo queria darla.

Por esto me imaginé que una volatinera me convendria.

Deseaba yo que fuese una verdadera mujer de su clase, ni tonta ni inteligente, ni hermosa ni fea, sobre quien pudiera yo ejercer un imperio absoluto, porque ella me lo debería todo; en suma, una criatura tan común que no pudiese yo ni compadecerla ni enamorarme de ella, para que nada viniese á turbar mis experimentos, *in anima vili*, como dicen los facultativos.

Bajo este concepto salí de mi casa y recorrí toda la Bretaña y Normandía, deteniéndome en todas partes donde habia una feria ó una fiesta de aldea.

Por fin, en Vernon hallé lo que buscaba.

En un teatrillo de titiriteros descubrí una jóven de unos diez y ocho años, de cabellera abundante, color oscuro, ojos negros pero cansados, y que trabajaba con entusiasmo. Asistí á varias representaciones y supe que era desgraciada, que el director de la compañía tenia relaciones con ella y la daba de palos muy á menudo.

Una noche despues de concluida la funcion andaba yo por cerca del teatrillo, y encontré á la muchacha sentada en una piedra y llorando.

Me acerqué á ella y la pregunté qué tenia; y como me miraba con sorpresa, añadí:

— ¿No me reconocéis?

— Sí, me respondió, venís todos los días á las funciones.

— ¿Y por qué llorais?

— Porque el amo me ha dado de palos y no he comido.

— ¿Quereis veniros á vivir en mi compañía? Yo no os maltrataré, y nunca os faltará la comida.

Clavó los ojos en mí, y luego al cabo de un instante como dejando á un lado toda incertidumbre, me dijo sencillamente:

— Aceptado.

La llevé á mi fonda y la hice poner un vestido, un pañuelo y un sombrero que habia comprado de antemano.

Cuando la llevaba á la estacion del ferro-carril estaba un poco inquieto; temia que la persiguieran.

— No tengais cuidado, me dijo ella; el amo no dará parte, porque tiene mucho miedo á la policia.

Llegada á mi casa de Mont-Assise, pareció estar muy contenta con su nueva posicion.

Corria por los campos, visitaba los caseríos, comía y bebía copiosamente, y aun hacia un poco la coqueta con los cándidos bretones.

Yo no la veía mas que á las horas de comer.

Bajo la influencia de este régimen se metamorfoseó rápidamente; se ponía mas gruesa, y desapareció el color tostado de su cutis; se embellecia en realidad y yo solia decirselo.

En estas ocasiones ella se reía, aunque extrañando mi reserva. Quiso hacerme renunciar á esta reserva; no lo consiguió y se consoló con el mayor sosiego.

Al cabo de un mes me dijo que se aburría, y que sentia no estar en su teatrillo.

Este momento esperaba yo; y así la contesté que podia representar comedias en mi casa y la enseñé mis trajes.

El de Colombina, que era muy precioso, la sedujo en alto grado; hizo en él algunos cambios, y la sentaba á las mil maravillas.

Principiamos aquel mismo día, y ella me aseguró que era yo un buen cómico. Pronto la declaré que cuando ella estuviera mas adelantada, iríamos juntos á Paris y la procuraria un ajuste en los Funámbulos.

Esta noticia la llenó de alegría, y desde entonces puso en el trabajo sus cinco sentidos.

Representábamos todas las noches, pero yo no desplegaba mis recursos sino poco á poco; ensayaba sucesivamente los efectos de ternura ó de terror que habia estudiado antes.

Notaba yo que el silencio ó los rumores de la noche, aquella sala guarnecida de espejos donde nos reflejábamos como dos sombras, y el paisaje en cierto modo fantástico que se veía por las ventanas, producian en ella una impresion muy viva.

Yo la atraía y la asustaba; evidentemente la tenia yo bajo un hechizo del que no podia darme cuenta.

Un día me dijo:

— ¡Os tengo miedo!

Y sin compadecerme de su turbacion, yo extendí mi brazo hácia ella con un ademán amenazador, y la ví caer sobre el divan trémula y como á punto de entrar en convulsiones.

En aquel estado de medio sonambulismo quise probar el efecto de los sentimientos de ternura, y acaricié sus manos que tomé entre las mias.

Entonces se calmó súbitamente, y me pareció que una trasfiguracion se operaba en ella.

La ví hermosa, hermosa incomparablemente.

Lo que me extrañó es que de día solo veía en ella una muchacha algo graciosa, pero muy vulgar, y esta diferencia me hacia adorar mas y mas á mi Colombina nocturna.

¿Qué mas os diré, amigo mio? Preciso es sin duda que el corazón comprimido y sofocado durante mucho tiempo con sus propias lágrimas obedezca al fin fatalmente á la necesidad de amar y dé rienda suelta á la ternura.

Una noche que acababa de arrancar á Colombina de los brazos de Arlequin y que ella se habia desmayado, cesé de verla como el juguete que habia visto hasta entonces, y conocí que la amaba locamente.

Sin embargo, ignoro si soy yo ó si es el Payaso quien la ama.

No tengo opinion formada sobre esa mujer; ignoro aun en el día si es tal como la ve mi imaginacion ó tal como me la muestra la realidad.

Su vida me parece doble como la mia.

Las excitaciones nocturnas me dejan rendido todo el día siguiente.

Tengo la cabeza débil, apenas veo y me quedo sumergido en un sueño que es como un letargo.

Ella por el contrario, de día está libre de la especie de fascinacion que yo ejerzo de noche sobre ella y contra la cual no puede defenderse á pesar de todos sus esfuerzos.

(Se continuará.)

El comendador Ratazzi.

Urbano Ratazzi que ha sido ya ministro y presidente de la cámara, nació en Alejandria en 1808, de una familia conocida en la magistratura, y por tradicion así como por gusto se dedicó á la carrera de jurisconsulto.

— Bien pocos años le bastaron para hacerse célebre. Ya reunía una gran fortuna cuando sobrevinieron los sucesos en 1848; el rey Carlos Alberto dió el estatuto, y Ratazzi fué nombrado diputado por Alejandria, cargo que ha llenado siempre desde aquella época.

Ratazzi tomó asiento en la izquierda entre los liberales, de cuyo partido fué muy luego uno de los jefes.

En 1848 Ratazzi entró en el gabinete con la cartera de la Instruccion pública. Cuando Gioberti dejó el poder, Ratazzi se quedó al frente del ministerio.

Despues de las fatales consecuencias de la derrota de Novara, la abdicacion del rey y la retirada desesperada de sus ministros, Ratazzi volvió á su cargo de diputado.

En la vida ordinaria, el antiguo jefe del ministerio democrático modificó un poco sus ideas, y en 1850 se separó de sus amigos mas avanzados y constituyó el centro izquierdo existente en el día. El programa de este partido muy nacional y dinástico á la vez fué reclutando miembros de año en año.

En 1851 Ratazzi fué nombrado por la mayoría ministerial vice-presidente de la cámara.

Muy luego el conde de Cavour cansado de la timidez de la derecha, y hallando en el centro izquierdo la simpatía que necesitaba para su política activa en favor de la causa italiana, propuso una fusion al partido Ratazzi. Este acuerdo se llamó el *connubio* (el matrimonio) nombre que se ha perpetuado. Los dos jefes dieron un paso cada uno para encontrarse, y la mayoría actual se halló formada. Como primera prenda de la alianza Ratazzi tomó posesion del sillón de la presidencia en mayo de 1852.

Poco tiempo despues Cavour derrocaba el ministerio Azeglio y tomaba las riendas del poder. En 1853 determinó á Ratazzi á que tomara la cartera de la Justicia. La administracion atravesaba entonces una crisis. El pueblo descontento con el aumento de las contribuciones y con la carestia de los víveres se amotinaba en las calles de Turin y amenazaba al primer ministro.

Ratazzi dió una prueba de valor entrando en el gabinete, y trabajó eficazmente en calmar los ánimos. Su nombre y la garantía de su presencia hicieron mas que todas las medidas de rigor.

En 1853 pasó al Interior, puesto que conservó hasta el 14 de enero del año siguiente.

En ambos ministerios Ratazzi propuso é hizo votar las leyes sobre la prensa, sobre la legislación, sobre las órdenes religiosas y la administración. Pocos hombres de Estado han trabajado tanto en tan poco tiempo y tan útilmente.

Su última salida del poder demuestra su carácter noble y delicado. A pesar de su reserva en política, á pesar de su afecto al rey y su buena armonía con el presidente del consejo, el ministro del Interior había sido antipático á los retrógrados y á los corifeos del partido austriaco en el parlamento. No le perdonaban su origen, y mucho menos la parte que había tenido en la elevación del conde de Cavour. Le atacaban de tal modo, que Ratazzi resolvió retirarse, y así lo hizo con asombro de la cámara y del país entero.

El año 1858 cuando se vió ya la lucha sorda entre la Francia y el Piamonte por una parte y el Austria por otra, hizo bajar la cabeza á los hombres que se prometían someter el único país libre de la Italia al yugo extranjero.

La alianza franco-sarda declarada abiertamente, las magnánimas palabras del rey Victor Manuel en la apertura del parlamento piamontés, esas diversas pruebas tan convincentes del próximo triunfo de la causa de la independencia, redujeron al silencio al partido antinacional. A ruegos de todos Ratazzi consintió en volver á tomar el sillón de la presidencia de la cámara que ya había ocupado con la aprobación de todos.

Ratazzi, amigo personal del rey, adicto á la dinastía así como es al mismo tiempo jefe del partido progresista, respetado de todos por su ciencia, su integridad puritana y sus maneras dignas y benévolas, aunque tiene ya todos los ho-



EL COMANDADOR URBANO RATAZZI, MINISTRO DEL INTERIOR DEL REINO DE CERDEÑA.

nores y ha ejercido todos los poderes, no se halla todavía al extremo de su carrera.

C. DE LA V.

Sublevación

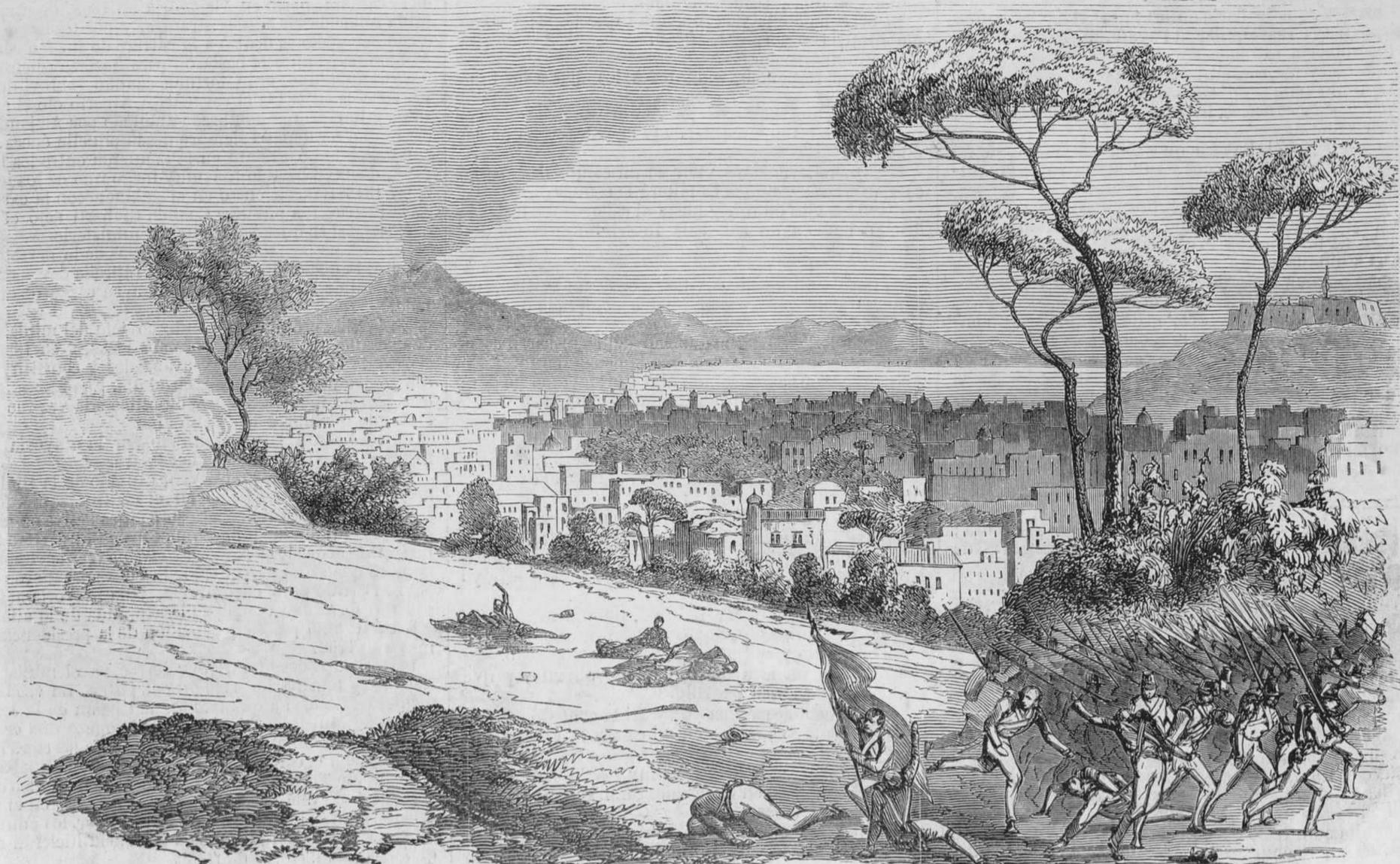
DE LOS REGIMIENTOS SUIZOS EN NÁPOLES.

Con motivo de haber quitado de la bandera del 4º regimiento los emblemas del cantón de Berna, comenzó á estallar la insubordinación en las filas de los soldados.

El punto de partida del motín tuvo lugar en el cuartel de Carmina ocupado por cuatro compañías distinguidas del 2º regimiento.

La columna se dirigió entonces al son de los tambores hácia el palacio de Capodimonte, habitado á la sazón por el rey y la mayor parte de la real familia. Recibida por varias personas de la corte de S. M., expuso algunas quejas, entre otras la de los emblemas suizos arrancados de la bandera, lo penoso del servicio, la escasez de licencias, etc. En vano les quisieron hacer entrar en el deber; aquellos hombres extraviados se retiraron al cabo de pocas horas disparando algunos tiros, y fueron á tomar posición en el Campo de Marte, donde pasaron la noche bebiendo con exceso. Pero no tardaron en llegar al mismo punto el 4º regimiento y el 13º batallón de cazadores que los cercaron; por la mañana les intimaron la orden de rendirse, y no habiendo querido hacerlo, se rompió el fuego. Dos disparos de metralla después del fuego de fusilería bastaron para someter á los rebeldes. Se calcula que tuvieron treinta muertos y cincuenta heridos. Doscientos cincuenta y cuatro personas fueron transportadas al castillo de San Telmo.

V. R.



SUBLEVACION DE LOS REGIMIENTOS SUIZOS EN NÁPOLES.

El duque de San Donato.

El duque de San Donato, que durante diez años de proscripción no pidió nunca nada al gobierno sardo, se puso á su disposición en cuanto circularon los primeros rumores de guerra, ofreciéndose á servir en uno de los nuevos cuerpos que se organizaban.

El conde de Cavour le olvidó, y el rey envió al duque un despacho de mayor en los cazadores apeninos. — Como era el mas jóven de los oficiales superiores, fué designado para permanecer al frente del depósito de Acqui; pero entonces dió su dimisión y fué á engancharse como simple voluntario en el cuerpo de Garibaldi.

Muy luego el general le llamó á un puesto de alta confianza cerca de su persona nombrándole su primer edecan con la aprobación del rey, y en calidad de tal hizo el duque la expedición de la Valtelina.

Hoy que la guerra está terminada, el duque de San Donato ha vuelto á entrar en la vida civil, donde sus servicios como hombre político no serán menos útiles á su patria.

Situación de la Toscana.

Ya conocen nuestros lectores las resoluciones tomadas por la Asamblea toscana, consistentes en la destitución de la casa de Austria-Lorena y en la anexión al Piamonte. Para hacer adoptar al rey Victor Manuel la corona del gran ducado, se ha enviado á Turin una comisión compuesta del príncipe Spozzi y otros personajes de la mas alta nobleza y del foro florentino; y entre tanto el gabinete toscano ha



EL DUQUE DE SAN DONATO, PRIMER EDECAN DE GARIBALDI.

dirigido á todas las autoridades eclesiásticas, políticas y militares de aquel Estado la siguiente circular :

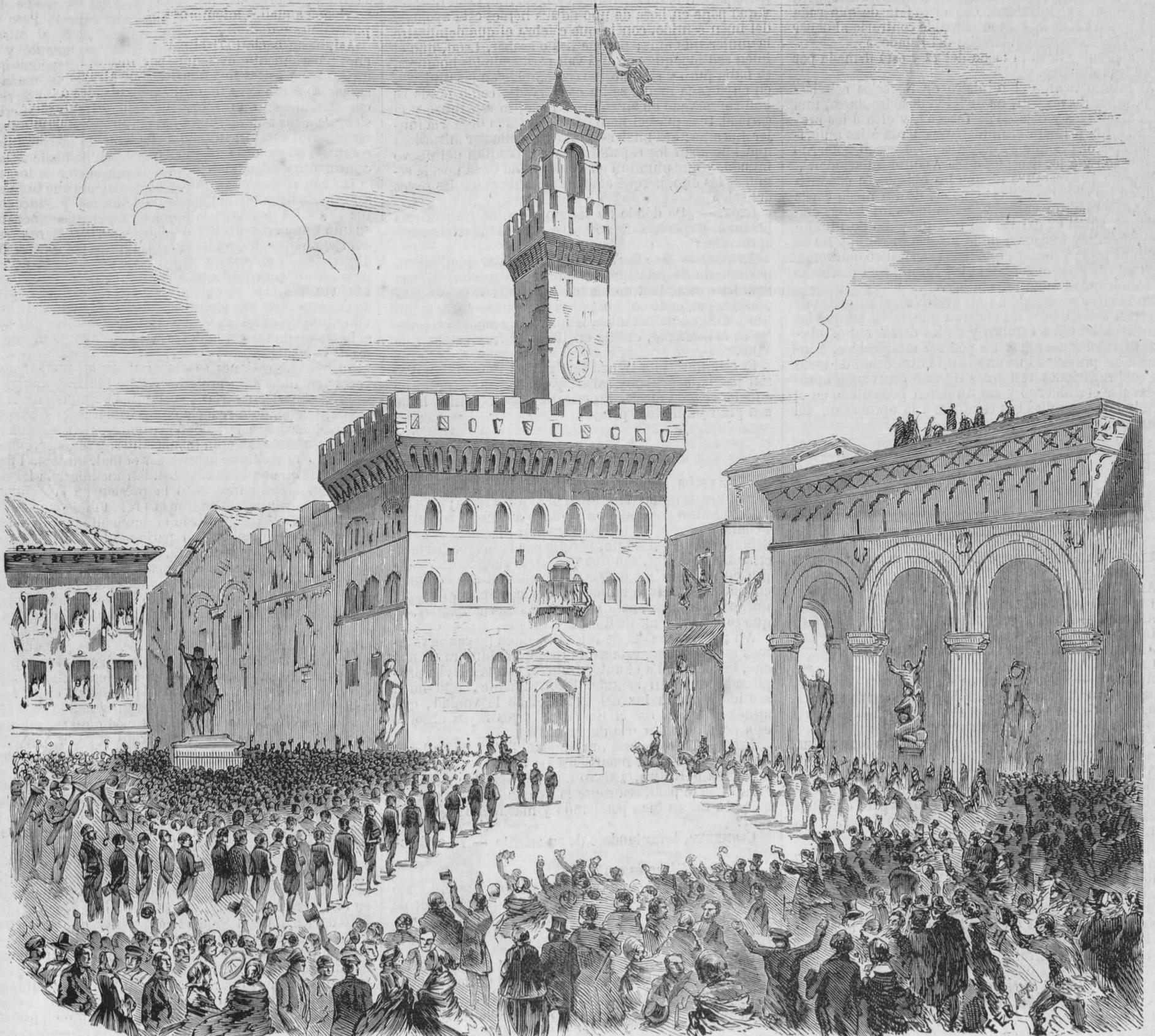
« Muy ilustre señor : La asamblea de representantes de Toscana ha deliberado por unanimidad que la casa de Austria-Lorena destituida no podría ser llamada ni admitida á reinar en nuestro país, y que el firme deseo de la Toscana es formar parte de un fuerte reino constitucional bajo el cetro del rey Victor Manuel.

Al adoptar estas solemnes deliberaciones, el país ha ejercido el poder verdaderamente soberano que rara vez pertenece al pueblo, el de proveer él mismo á su existencia política rechazando una dinastía incapaz ya de merecer su confianza, y llamando otra dinastía capaz de satisfacer á las necesidades de la nacionalidad italiana, de hacer felices á los toscanos y de asegurar la paz de Europa.

La exclusion perpétua del absolutismo austriaco y la aclamacion de un poder constitucional italiano, son para lo sucesivo las dos bases de nuestro derecho público, bases igualmente inmutables.

Es de creer que la justicia que preside á los consejos de las grandes potencias tomará en cuenta la libre y legítima voluntad de un pueblo civilizado que aspira á conservar su propia tranquilidad por un orden de cosas propio para asegurar al mismo tiempo la tranquilidad de la Italia y de toda la Europa.

Hasta el advenimiento de la nueva dinastía, el poder supremo del Estado permanecerá en manos de los actuales gobernantes : ese poder lo han recibido legítimamente de la elección y de la ratificación del país, cuando la casa de Lorena lo abandonó por la tercera y última



LOS DIPUTADOS TOSCANOS DIRIGIENDOSE A LA APERTURA DE LA ASAMBLEA NACIONAL EN FLORENCIA, EL 41 DE AGOSTO DE 1859.

vez: les ha sido transmitido por el augusto protector de la Toscana, y les ha sido confirmado por dos votos de confianza de la asamblea de los representantes, igualmente que por una solemne deliberación de esta misma asamblea, que en la sesión del 20 del actual declaró legítimo en cuanto fuese necesario el mandato de los gobernantes actuales, á fin de que continúen rigiendo el país hasta que su situación sea arreglada definitivamente.

Fuerte el gobierno con esta autoridad universalmente confirmada, al mismo tiempo que se ocupa con confianza de cumplir el grave encargo que le ha confiado la asamblea de hacer aceptar por los otros potentados los legítimos deseos de los toscanos, debe y procura mantener con firmeza la tranquilidad interior, la cual da autoridad á esos deseos, y es la prenda de una situación mejor para la Italia.

El gobierno que se gloria de estar al frente de un pueblo bastante civilizado para ofrecer el ejemplo de una gran revolución realizada con la calma de la razón y del derecho, está seguro de que los ciudadanos de todas clases aguardarán con dignidad que sean fijados los destinos supremos de nuestra nacionalidad.

La menor duda sobre la legitimidad del gobierno y toda vacilación en seguirle en la senda abierta para el bien de la patria común, no solo sería un acto de rebelión contra la autoridad suprema del Estado, sino también una traición á toda la nación. Acaso instigaciones extranjeras podrían excitar á cometer desórdenes á los cuales nada da ocasión en el interior.

El gobierno, que sabe cuánto importa conservar intacto el depósito del orden público, no solo vela, sino que está resuelto á impedir y desbaratar toda maquinación, á reprimir todo atentado, á castigar á todo conspirador y perturbador, cualquiera que sea, sin distinción de cuna, de dignidad ni de empleo. La autoridad superior y la ley suprema de salvación pública deberán ser igualmente obedecidas por todos.

El gobierno dirige estas francas y firmes palabras á V. S. I. para que estén siempre presentes á su espíritu y al de sus subordinados, con el objeto de que cada cual rechace toda sugestión culpable contraria al deber del ciudadano como al derecho del Estado.

Esta circular lleva la fecha del 22 y está firmada por todos los ministros.

Al mismo tiempo el ministro de Negocios eclesiásticos, señor Salvagnoli, ha dirigido dos circulares, una á los arzobispos y obispos de Toscana, y otra á los prefectos. En la primera el ministro recuerda á las autoridades episcopales que su deber es obedecer al gobierno establecido y á los decretos de la Asamblea nacional.

Expresa la esperanza de que los obispos se conducirán, en las circunstancias actuales, de un modo capaz de probar que se reconocen, como todos los demás ciudadanos, súbditos del Estado toscano y no de ningún otro, de la ley toscana y de la justicia toscana, y no de ninguna otra; y declara que todo eclesiástico que cometiese acto de no someterse á la ley común será castigado en conformidad á esa misma ley.

En la circular dirigida á los prefectos, el ministro de Negocios eclesiásticos les encarga que velen porque los ministros del culto católico y de los demás cultos obedezcan rigurosamente á los poderes establecidos, é intima á los prefectos que ordenen la disolución de todas las congregaciones religiosas que no estuviesen aprobadas por el gobierno y no hubiesen presentado en el término de ocho días sus estatutos á la aprobación del ministro.

El buen sentido.

COLOQUIO ENTRE ANTONIO, LEON Y CLEMENTE QUE ESTÁ SENTADO EN UNA MESA EN QUE ESCRIBE.

LEON. — Antonio, vengo á pedirte un artículo para mi revista.

ANTONIO. — No escribo artículos.

LEON. — Pues unos versos.

ANTONIO. — No sé hacer versos.

LEON. — Entonces una novela.

ANTONIO. — Sabes que no soy novelista.

LEON. — ¿Rehusas pues complacerme?

ANTONIO. — Sin necesitar de su moderno ensanche, siempre han existido derechos de que ha usado el hombre, y uno de ellos es rehusar el hacer aquello á que no le obliga ni el deber ni la conciencia.

LEON. — Y entre los deberes ¿no cuentas los que impone la amistad?

ANTONIO. — Sí, por cierto; pero no cuento entre estos el de escribir sin inspiración y sin objeto, sin necesidad y sin ganas. Sería hacer un sacrificio, y para decidirse á hacerlo, es necesario que la causa lo merezca.

LEON. — ¡Qué sacrificio ni sacrificio! El que tiene talento como tú, improvisa un artículo en diez minutos.

ANTONIO. — ¡Improvisar!!! no solo me es imposible, sino que me es antipático. — Una de las causas que nos ha traído al estado de desorden moral y material en que vivimos, es la improvisación. Las cosas que se improvisan, esto es, las á que falta la reflexión al concebirlas, la madurez al presentarlas, han de carecer por lo regular de la estrella polar del entendimiento humano.

LEON. — ¿Y cuál es esa estrella?

ANTONIO. — El buen sentido, Leon, el buen sentido.

LEON. — Hombre, te creía por tus antecedentes un hombre mas modernizado, un escritor de mas distinción

y actualidad. Te pido un artículo picante, paradójico, petulante, lleno de novedad y de chistes, y me sales con un prosaísmo de á folio, con una inspiración digna de Sancho Panza! ¿Quién se acuerda del buen sentido? ¿qué se puede decir de ese vulgar *buen señor*? ¿quién se acuerda ni se ocupa de él ni lo echa de menos?

ANTONIO. — El lord Chesterfield dice: «El buen sentido, ó el sentido común, es el mejor sentido que conozco; apegaos á él y tened por bueno mi consejo. Leed y escuchad para vuestro recreo sistemas ingeniosos, cuestiones delicadas; discutid sutilmente con todos los refinamientos que pueden sugerir imaginaciones ardientes; pero no las consideréis sino como ejercicios del entendimiento, y volved siempre á hacer las paces con el buen sentido.» — El pueblo de campo, sin saber leer ni escribir, es mas entendido, gracias á él, que muchos eruditos y filósofos. No hablará bien, pero en cuanto á pensar, lo hace con razón y lucidez; y en cuanto á juzgar, no tiene rival en acierto sin mas que el buen sentido.

LEON. — Calla por Dios. El buen sentido es á lo mas un buen capital que podrá dar una renta legal y corta al que lo posee, pero que no puede ser puesto en movimiento ni reportar brillantes beneficios como se exigen hoy día de los capitales; es un bien inamovible sin desamortización; un caudal estancado; un empleado antiguo jubilado; pasó; ¡séale la jubilación ligera! La paradoja tiene mucha mas actualidad y aceptación hoy día, y es preciso que uno sea de su época y al escribir trate de halagar las tendencias que imperan.

ANTONIO. — En el nombre del buen sentido, me opongo á este aserto.

LEON. — ¡Anda á paseo con tu buen sentido! ponle peluca, siéntalo al sol y dile que calle, que ya su tiempo pasó y que no está á la altura de la época. — ¿Quién sino tú, que eres mas paradójico que aquellos que lo son á ciencia cierta, se ocupa de ese atrasado y vulgar espíritu de los pasados tiempos?

ANTONIO. — Un autor de gran mérito, que entre otros tiene para tí el de ser francés y moderno, Leon Gozlan, y que pone en boca de uno de sus héroes esta apología del buen sentido, con la que celebra el que demuestra la mujer que ama; porque has de saber, Leon, que el buen sentido, que por días van perdiendo los hombres, se halla puro y sin haberse corrompido en las mujeres, en cuya sana mente se ha conservado, como puras se han conservado en su corazón la fe, la esperanza y la caridad. Dice pues el héroe de la indicada obra á la mujer que ama: «El buen sentido es aquella flor misteriosa que buscaban los españoles en los bosques del nuevo mundo, y que alumbra en la oscuridad de la noche, segun se les dijo, porque absorbe durante el día los rayos del sol.»

LEON. — ¿De dónde ha sacado el autor francés esta preciosa y poética ficción que tan admirablemente aprovecha?

ANTONIO. — Me afligía no tener ni poder adquirir conocimiento de esta linda tradición, ni noticias de esta flor. La casualidad, no siempre amable, lo fué en esta ocasión, poniendo en mis manos la segunda parte de un libro antiguo de botánica, titulado *De simples incógnitos en la medicina*, escrito en 1634 por fray Estéban de Villa.

Es este libro una trenza tejida con tres ramales, que son poesía, sencillez y saber, y escrito en el estilo de aquella remota época. En este libro de botánica hallé con gran júbilo este pasaje:

DE LA YERBA CASTA.

«Esta yerba, que ninguno dijo de á dónde le amaneció el nombre de *casta*, tiene otros bien peregrinos; pero los mas comunes por donde se ha dado á conocer son el de peonía, de Peon, su primer inventor; Rosa de Nuestra Señora y Rosa del Monte, porque por la mayor parte se cria en los montes, con una flor harto vistosa, que campea entre todas las demás, y tiene una semilla que, cuando rojea, reluce tanto que la pueden coger á media noche los pastores, para gargantillas de sus zagalas, de que se sirven como de finísimos corales, á poca costa.»

Así pues, esta rosa de Nuestra Señora (le conservaremos este nombre), esta santa rosa que alumbra de noche, la comparaba el autor francés, con la mayor propiedad, al buen sentido. Efectivamente, este buen sentido toma su luz del gran sol de la verdad, que alumbra el cielo y la tierra, y cuyos rayos absorbe esta por la inteligencia del hombre.

LEON. — Todo eso está muy bueno. Extasiate en buen hora dando culto al buen sentido; culto chacluenco que á mí me narcotiza. ¿Acaso no quieres escribir el artículo que te pido, sea sobre lo que quiera, aunque sea sobre tu nunca bien ponderado y machucho buen sentido?

CLEMENTE, levantándose de su asiento. — Ya está escrito.

LEON. — ¿Cómo es eso?

CLEMENTE. — Como que siendo yo taquígrafo, he ido anotando vuestra conversación, que te podrá servir de artículo.

LEON. — ¿De veras?

CLEMENTE. — De veras.

LEON, riendo. — ¡Ay, querido Antonio! enemigo de las improvisaciones, la tuya va á ponerse el uniforme de la prensa y marchar á la gran parada pública.

ANTONIO. — No lo creas improvisado. Cuanto he dicho no es improvisación, sino que está larga y profundamente meditado; y ya que te empeñas en que lo que he

dicho vista el uniforme de las letras de molde y vaya á la gran parada; no me pesará aparecer en ella llevando por distintivo en el uniforme la cucarda del *buen sentido*.

FERNAN CABALLERO.

La prensa en Inglaterra y en los Estados Unidos.

La publicación de M. Cuheval sobre la historia de la prensa en Inglaterra y en los Estados Unidos, nos permite investigar su estado en dos países en que es tanto mas curioso estudiarla, cuanto que sus habitantes, teniendo el mismo origen, sometidos por largo tiempo á las mismas leyes, gozando ambos de una amplia libertad, han llegado á resultados muy diferentes, ya en organización política, ya en sus tendencias morales é intelectuales.

La libertad de la prensa en Inglaterra data desde Guillermo III, los reglamentos de la imprenta y el establecimiento de la censura remontan al reinado de Enrique VIII. El largo parlamento y la república las habían mantenido á pesar de las enérgicas reclamaciones de Milton. La restauración había completado esta legislación por un acta de 1661 que espiraba en 1679. Renovada en 1685 al advenimiento de Jacobo II, cesó de tener efecto legal á fines de la legislación de 1693, aunque ya no tenía aplicación desde 1688.

Pero lo que hay de notable, es que en el momento en que la majestad salida de la revolución abdicaba, cinco años después de su advenimiento, el derecho de prohibir una publicación cualquiera, las cámaras continuaban en virtud de un estatuto de Carlos II, prohibiendo á los diarios dar cuenta de sus debates. Todo atentado contra el secreto de sus deliberaciones era reprimido por los Comunes, que en virtud del poder discrecional que tenían por costumbre, aplicaban á los delincuentes la multa, la prisión y la argolla, y aun expulsión de su seno á aquellos miembros que se habían hecho cómplices de este delito.

Así, hasta hacia 1771 el país no supo lo que pasaba en el parlamento mas que por incompletos análisis atribuidos á países imaginarios y no atreviéndose á designar á los oradores mas que por iniciales ó alusiones características; aun estos subterfugios no salvaban siempre á sus autores, tanto mas expuestos, cuanto que las cámaras estaban investidas de la arbitrariedad mas completa en cuanto á la apreciación del delito, al procedimiento y la penalidad.

Las cámaras estaban tanto mas interesadas en conservar este derecho de impedir que se arrojase ninguna luz sobre las palabras y los actos de sus miembros, cuanto que la corrupción fué por largo tiempo un medio sistemático de gobierno. El ministerio tenía á su disposición numerosas y ricas prebendas que servían para recompensar á sus partidarios: pensiones ó sumas una vez pagadas completaban perfectamente la obra de la seducción. Los fondos secretos ó los de la lista civil eran empleados en este vergonzoso tráfico, que en el lenguaje de los corruptores se calificaba ya de *gestos de influencias*.

En varias ocasiones se elevaron en el parlamento voces generosas para protestar contra tamaños abusos; se presentaron en varias legislaturas algunas proposiciones, tendiendo á reducir en las cámaras el número de funcionarios asalariados ó pensionados por la corona. Pero estos remedios eran insuficientes, y se comprendió al fin que el medio de hacer cesar el mal, no debía buscarse mas que en la publicidad. Sin modificar la legislación en las cámaras, bajo la presión de la opinión pública, consintieron en que la prensa diese cuenta de sus debates. A partir desde el momento en que los votos de los miembros del parlamento y sus motivos fueron revelados y discutidos, el mal disminuyó para desaparecer al cabo de algunos años. La moral ganó tanto como la política con esta innovación; la conciencia pública, purificándose, proscribió los vergonzosos mercados que había tolerado por largo tiempo, y la legítima censura ejercida sobre los actos de los hombres políticos, los contrajo á concebir una idea mas justa de su dignidad personal, así como de sus deberes para con el país. Hace cerca de un siglo que la prensa está emancipada en el hecho, aunque no de derecho, en cuanto á la publicación de los documentos parlamentarios. Pero las ideas se han modificado de tal modo, que el silencio de los diarios que era mirado por los miembros de ambas cámaras como uno de sus privilegios, sería hoy para ellos un castigo.

Esta exposición era necesaria para hacer comprender el fanatismo de los ingleses por la libertad de la prensa. Recordando lo que eran sus hombres de Estado, y viendo lo que han venido á ser bajo la influencia de una libre discusión; reconociendo la influencia decisiva y saludable ejercida por la publicidad sobre sus instituciones, se inclinan delante de esta libertad como delante de un poder tutelar, indispensable condición de su organización política. No se niegan tampoco al otro lado del canal de la Mancha los abusos que la prensa puede cometer; pero se los aprecia en su justo valor y se les mira como otros tantos inconvenientes que llevan consigo todas las instituciones humanas. Así M. Cuheval ha tomado por epígrafe esta frase de Canning: «Cualquiera que al estudiar la constitución inglesa no tenga en cuenta el poder de la opinión pública, ejerciéndose por medio de la libertad de imprenta, opinión que en último resultado imprime á los negocios

su direccion general, no podrá formarse mas que una idea imperfecta del gobierno de la Gran Bretaña. »

A pesar de la extension de esta libertad, los intereses públicos y privados están muy lejos de hallarse desprovistos de garantía como parece natural creerlo. Daños y perjuicios considerables pueden ser abonados á los particulares; una legislación frecuentemente aplicada castiga con penas severas que llegan hasta la deportacion, los ataques contra la familia reinante y las instituciones del país. Si desde hace cierto número de años ningun escritor ha sido perseguido, es preciso atribuirlo desde luego, dice M. Cuheval, á los hábitos de moderacion y dignidad contraídos por la prensa inglesa, pues se formaría una falsa idea de la manera cómo se discuten los negocios interiores, por la aspereza empleada en la polémica extranjera.

Preciso es reconocerlo, desde que el gobierno entró francamente en la via de las reformas reclamadas por la opinion, abandona casi completamente á esta misma opinion y á las costumbres públicas el cuidado de corregir los errores de la prensa, que se veria abandonada desde que su lenguaje cesase de estar en armonía con los sentimientos generales.

Además en Inglaterra mas que en ninguna otra parte, un periódico diario no puede subsistir si el favor del público no le asegura una numerosa clientela é ingresos superiores á los de las mismas empresas en el continente. En ese país del comercio y de la libertad, todo el mundo se ocupa de negocios públicos; todo el mundo está mas ó menos directamente interesado en especulaciones comerciales é industriales, en grandes empresas, cuyas acciones constituyen una parte considerable de sus fortunas; un inglés no hojea un periódico para buscar el folletín destinado en Francia á distraer un momento al lector; los que quieren literatura leen las revistas; lo que se busca en los diarios son los documentos políticos mas extensos, las reseñas mas nuevas y mas exactas relativas á las diversas profesiones, á los intereses tan numerosos de que se ocupa esta activa sociedad, cuyas relaciones se extienden por todo el mundo conocido.

Un periódico de la mañana en Londres se compone de ocho páginas en folio, que contiene cuarenta y ocho columnas; las dos primeras páginas que forman la cubierta exterior del periódico, se consagran á los anuncios; en las seis restantes, se distribuyen los documentos políticos, comerciales, industriales, judiciales, las noticias y correspondencias de todas partes del globo, y la discusion de toda clase de cuestiones.

Así una sola hoja en Inglaterra hace tanto como en Francia los numerosos periódicos que se dirigen á distintas clases de lectores. Es á la vez nuestro periódico político una gaceta de tribunales, un diario de bolsa y caminos de hierro, y una ó varias hojas comerciales, es en fin una enciclopedia diaria, donde las diversas materias están no solamente reunidas, sino clasificadas en un orden invariable, que permite al hombre menos habituado encontrar al momento lo que mas le importa.

Esta universalidad está impuesta por los hábitos de libertad. En los países de self-government, no es uno exclusivamente abogado, comerciante, militar, sino que tambien es uno ciudadano; y bajo este punto de vista todos quieren tener algunas nociones sobre las materias tan diversas que se refieren á la administracion de su país. Para formarse una idea general de la situacion política y comercial de Inglaterra, es necesario saber lo que sucede en todo el mundo.

Un periódico inglés no es solamente un instrumento político; se mira sobre todo como un medio de publicidad, como un intermediario infatigable y fiel entre todos los intereses; segun una expresion vulgar, pero exacta, es como una tienda de novedades; pero estas novedades, estos documentos tan variados, se los quiere exactos, rápidos, completos, porque pueden ser los elementos de una especulacion, porque contribuyen á formar la opinion sobre los negocios generales. El director de un periódico inglés debe pues proponerse dos cosas: primero, ser mejor y mas prontamente reseñado que sus rivales en todo lo que interesa al público; segundo, dar bajo la forma de artículos, apreciaciones serias, razonadas, emanadas de hombres competentes de las cuestiones financieras, económicas y políticas que están á la orden del dia; además, no debe hacer uso de esas correspondencias que provienen de una misma fuente, comunes á todos los periódicos, y que hacen que al hojear cuatro ó cinco diarios parisienses, se encuentre sobre el mismo hecho, la misma frase invariablemente estereotipada.

No emplea ninguno de esos artículos escritos á la ligera sobre las mas graves cuestiones, con una completa ignorancia del asunto que se revela en cada línea, y que no se iguala mas que con la jactancia con que el redactor, convencido de que todo lo entiende, impone á sus lectores juicios apoyados sobre los datos mas inexactos y mas incomprensibles. Semejante tiranía, semejante ligereza y olvido de las consideraciones debidas al público desacreditaria bien pronto á un periódico inglés.

Para informarse mas pronto y mejor que sus colegas, cada periódico de Londres tiene correspondientes fijos en las principales poblaciones de Europa, y agentes en las localidades menos importantes, no vacilando jamás en enviar al momento uno de sus redactores donde tiene lugar algun acontecimiento interesante: en los campos de batalla mas lejanos, en los países asolados por la guerra civil ó la epidemia, estais seguros de encontrar gente de la prensa inglesa. Ni gastos, ni peligros, ni

fatigas detienen á la administracion ó á sus redactores. Durante la guerra del principio de este siglo, el Times, que nunca ha querido declinar su independencia, y que tiene la pretension de ser exclusivamente el órgano y la representacion de la opinion pública, vió varias veces su correspondencia atrasada en los puertos de desembarco, mientras que los diarios ministeriales lograbán las primeras noticias traídas por los paquebots. El Times entonces organizó un servicio para él solo; tuvo sus buques, sus ballijas, sus correos, é hizo con frecuencia reseñas mas prontas y exactas que el mismo gobierno: así es que anunció la capitulacion de Hessingue cuarenta y ocho horas antes que fuese conocida en Londres, y en febrero de 1848 uno de sus redactores atravesó el estrecho en una barca de pescador para llevar mas pronto á Londres la noticia de la revolucion estallada en Paris. Así es como este periódico ha conquistado y conserva una clientela mas numerosa que la de todos los periódicos de Londres reunidos.

La redaccion está igualmente retribuida con gran liberalidad. Cada periódico procura atraer á sí los hombres mas eminentes en las diversas especialidades; muchos son pagados anualmente, por no hacer á veces mas que un pequeño número de artículos, pero con la obligacion de estar al corriente de los hechos y trabajos relativos á la parte de que están encargados: si una cuestion importante viene á suscitarse, es bien pronto discutida con un conocimiento de la materia y un talento, que hacen de sus artículos documentos útiles, aun para la comision parlamentaria. Hay alguno que otro redactor cuya opinion sobre las cuestiones bursátiles y financieras es atendida por los hombres de negocios mas nombrados, y forma autoridad en la Cité. Y sin embargo, estos escritores laboriosos y esclarecidos que ejercen una verdadera influencia, son poco conocidos del público, que los mira con cierto desden; los mas grandes nombres de la literatura y del foro han atravesado de incógnito esta ingrata carrera; muchos hombres políticos han prestado, disimulándolo, su colaboracion á la prensa periodística. En cuanto á los periodistas de profesion, se contentan con los crecidos sueldos que perciben, sin pretensiones de haber adquirido el derecho de mezclarse en el gobierno del país, ni como ministros ni aun como miembros de los Comunes.

(Se concluirá.)

Revista de la moda.

SUMARIO. — Noticias de Baden. — Las carreras de caballos. — Nombres aristocráticos franceses y extranjeros inscritos para las carreras de Baden. — Modas de otoño. — Levitas, pantalones y chalecos á la orden del dia. — Trajes de caza. — Descripcion del figurin de este número.

Desde que han principiado las vacaciones, Paris se halla completamente desierto, y toda la elegancia parisiense se halla en Baden. Para las carreras de caballos de Baden se han inscrito por parte de la Francia las personas cuyos nombres siguen: madama Latache de Fay; MM. Hyppolite Mosselmann, E. Carter, T. Carter, baron de Nivière, A. Schickler, A. Lupin, A. Basly, Fasquel, vizconde A. Valon, conde de Morny, conde de Lagrange, A. Aumont, Benoist, general Fleury, conde de Prado, H. Delamarre, conde de Cassette, conde de Nieuil, duque de Terranova, baron J. Finot, Briggs, conde de Roderer.

Los competidores inscritos por parte de la Alemania en este turf internacional son el conde Alvensleben, Erxleben, el conde Halm Basedow, el conde Henkel, el baron Hochwaechter, el conde Kinsky Klumetz, el baron Maltzalm Kumerow, madama la condesa Halm.

Por la Inglaterra solo figuran los señores Herdmann, Hale y Ferrero.

El programa de la vida de Baden durante la estacion actual se resume en pocas palabras; por la mañana la caza y las carreras de caballos, por la noche el concierto ó el teatro.

Se ven allí trajes tan lujosos como en Paris, quizá mas que en Paris, pues hay en Baden muchas rivalidades. Sin embargo, tambien hay hombres que visten como si estuvieran en el campo; salen con sombrero de paja y casaquilla de lienzo. De esta variedad en el vestir resulta un conjunto pintoresco.

Hé aquí lo que se sobre las modas de otoño que están muy próximas. Las levitas se hacen con una hilera de botones y de talle largo. Los colores preferidos son el bronceado y el negro, así como tambien algunas mezclillas oscuras.

En cuanto á sobretodos, se vuelve al derecho sin vuelo por delante ni por detrás, y únicamente con dos costuras debajo de los brazos. Los cuellos y las bocamangas se forrarán de terciopelo ó de seda.

Tambien se dice que este año estarán en moda los cuellos de pieles.

Los pantalones serán de un aspecto mas distinguido que los que hoy se llevan. Serán de rayas, de cordoneillo y de paño terciopelo liso.

Los chalecos seguirán como en el dia, es decir, serán de todas formas, dibujos y colores. Un elegante debe tener una coleccion en que figuren todos, de cachemira, de seda, de terciopelo, bordados, etc. En cuanto á la forma nada nuevo.

¡Nada nuevo! Esto es lo que hace tan monótono el traje masculino. ¿Porqué la juventud no tiene caprichos, fantasías lujosas como tienen las señoras?

Siempre se ven los mismos paletós, los mismos fracs, los mismos pantalones, en tanto que no sucede lo mismo con nuestros vestidos que sufren cambios continuamente.

Los trajes de caza hacen furor en la actualidad; los hay sencillos y de lujo.

El cazador verdadero lleva un traje sólido que se compone

de una levita de pana gris cerrada derecha sobre el delantero con faldones cortos. El chaleco muy largo lleva faldetas. El pantalon es muy ancho y cae dentro de unas polainas de cuero natural.

El traje de caza mayor es mucho mas lujoso, pues se compone de un frac de paño verde con cuello, bocamangas y forros de faldones de paño carmesí. Todos sus adornos consisten en un simple galon de montería sobre el cuello y un bolsillito borgoña. El chaleco de paño blanco galoneado de oro y plata, género Luis XVI, es muy largo y puede cerrarse todo ó llevarse abierto. El pantalon ajustado es de piel de gamo ó de punto de algodón blanco ajustado, con trabillas.

Hé aquí ahora cuál es el traje de un criado de montería que podrá servir de tipo.

Este traje se compone de una casaquilla de paño azul claro abotonada derecha sobre el delantero, con cuello y bocamangas de paño junquillo, ribeteados con un galon estrecho de plata.

La casaquilla es larga de talle y muy corta de faldones; lleva bolsillos con cartera.

Chaleco de paño junquillo muy largo y abotonado hasta arriba.

Calzon negro de pana que cae en grandes polainas de lienzo abotonadas por el lado.

Concluiremos por la descripcion del figurin que acompaña á este número.

El primer traje llevado por un jóven de unos treinta años, es para paseo á pié por la mañana en el campo.

Se compone de un paletó de tejido mezclilla cuyo interior está desprovisto de bolsillos; las solapas y el cuello llevan tapa de la misma tela. Es una prenda hecha con tres costuras que ajusta un poco por detrás y bajo los brazos.

Con este paletó nuestro jóven lleva un chaleco y un pantalon de la misma tela de rayas; el chaleco de pequeño chal subido y el pantalon ancho sin trabillas.

Luego viene un traje de capricho admitido en el campo hasta la hora de la comida. La levita es de lienzo gris mezclilla, corta y completamente desprovista de forros.

No lleva chaleco, y la camisa es de color.

Pantalon blanco sin tirantes; la forma de las piernas es ancha y sin trabillas.

El tercer traje es para un niño de catorce años, y se compone de una chaquetilla bretona, abotonada derecha por delante.

Chaleco y pantalon de lienzo gris; el chaleco es largo y va redondeado por los ángulos; el pantalon plegado por delante es muy ancho y no lleva trabillas.

El cuarto traje, para un jóven de unos treinta años, es de medio vestir y sirve para hacer visitas de dia y aun para comidas en el campo, donde se ha desterrado la etiqueta antigua.

La prenda principal no es ni un paletó, ni una levita, ni tampoco una de esas casaquillas que llaman inglesas, que son muy cómodas por sus muchos bolsillos, pero que no tienen nada de elegantes. El aspecto es mas bien el que presenta el frac francés, con la diferencia de que los faldones caen derechos. El talle va justo y el cuello se cierra con cuatro botones.

Chaleco de piqué gris trenzado de chal alto y un poco largo por abajo.

Pantalon de hilo imperial, ancho y de forma derecha.

VIZCONDESA DE RENNEVILLE.

Banquete dado á las tropas de Italia en Versalles.

La ciudad de Versalles ha querido manifestar su admiracion á las tropas de la guardia que dan allí guarnicion, con un banquete que ha estado muy brillante. Hé aquí cómo describe esta fiesta patriótica el autor del dibujo que se hallará en la página siguiente:

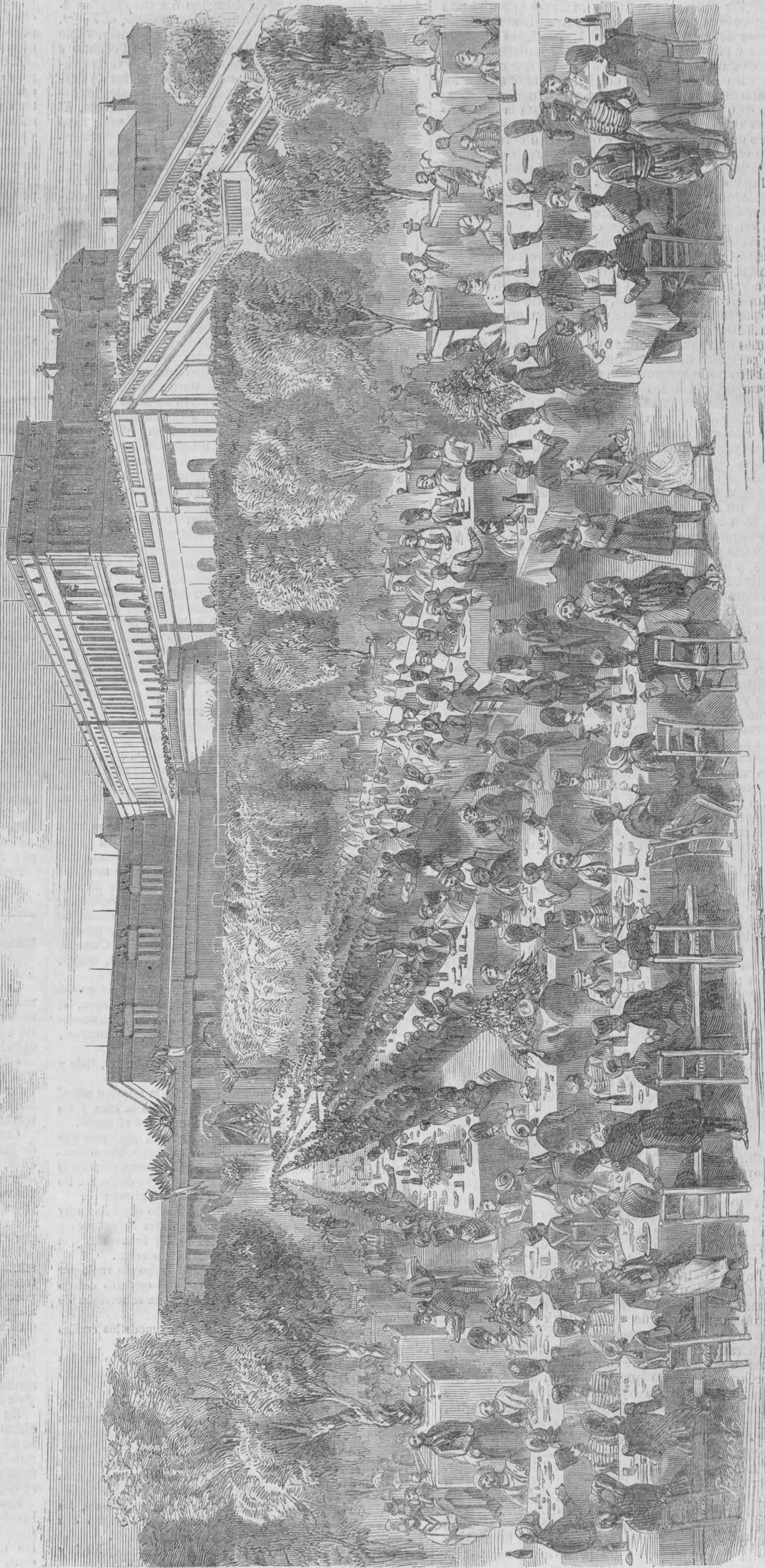
« Llegado á Versalles á las cinco me dirigí al palacio, y á poco tiempo oí las cornetas de la artilleria de la guardia. La tropa atravesaba diagonalmente el patio de honor dirigiéndose hácia el lugar del banquete por el terrado del lado Este de la Orangerie.

Cuando me hallaba á la entrada que está al pié de una de las dos hermosas escaleras que llaman las *Cent-marches*, bajaban ya los artilleros. Su desfile fué largo, sin que nadie se cansara de verlos; luego vinieron los zuavos que fueron saludados con aclamaciones generales, y yo sin esperar á que pasaran todos, me deslicé por entre la muchedumbre para atravesar la verja del parterre.

Este parterre, donde debia tener lugar la fiesta, es sumamente grande; las mesas que en su mayor parte tenian cincuenta metros de largo, pueden dar la proporcion real de su superficie. Todas las mesas estaban abundantemente cubiertas de manjares; el vino estaba en líneas de botellas juntas como dos frentes de batalla; por todas partes habia flores, y daban sombra á las mesas los naranjos, los granados, los mirtos y los laureles seculares. Cuando entró la tropa, el cañon anunció la llegada de las autoridades del departamento y de la ciudad y principió el banquete.

En toda la fiesta reinó el mayor orden. Se pronunciaron varios discursos, y mientras duró la comida las bandas de música militar ejecutaron intermedios alternando con los coros de los orfeonistas de Versalles. Una inmensa muchedumbre cubria los terrados y dominaba el conjunto de esta gran reunion.

Las verjas se abrieron y el público pudo circular libremente; era el momento del champaña. Los brindis fueron numerosos. Sirvieron el café y se rompieron las líneas de los convidados; formáronse grupos, y estas pequeñas reuniones estaban animadas por los soldados que contaban el episodio de la guerra. » A. M.



BANQUETE DADO EN VERSALLES A LOS SOLDADOS DEL EJERCITO DE ITALIA.